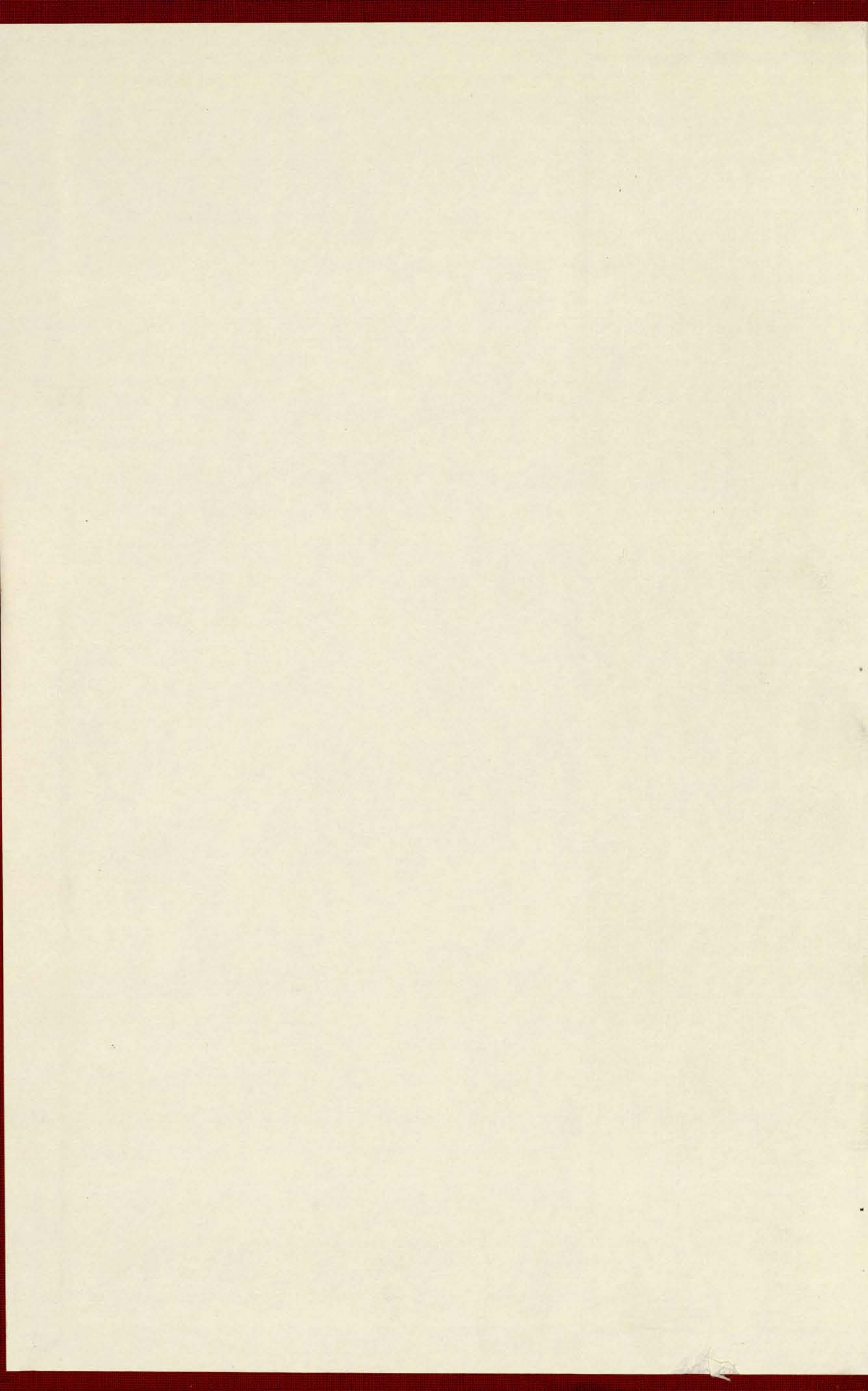


J. SILVEIRA
DISCURSOS
DE LA
REAL
ACADEMIA
ESPAÑOLA

DO ANTIGU
-217
o. Regiona



611 -
Literatura nacional

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

Discurso de recepción

D. FRANCISCO SILVELA

Comunicación

EL DIA 30 DE ABRIL DE 1893



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

—
1893

A-217

DISCURSOS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DE LA LENGUA

D. FRANCISCO SILVEIRA

ET DIA DE LA LINGUA



MADRID

EN LA IMPRENTA DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

1831

R
74336

DISCURSOS

A

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO SILVELA

EL DÍA 30 DE ABRIL DE 1893



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1893

A mi querido amigo y
antiguo colega D. Juan de los
Reventos
Francisco Silvela

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO SILVELA

SEÑORES ACADÉMICOS:

I.

Bien quisiera haber hallado alguna expresión exquisita y nueva, para satisfacer el tributo en que mi gratitud anda tan empeñada desde el día en que honrasteis mi nombre, abriéndome las puertas de esta insigne casa, pero han sido vanos mis esfuerzos, y estériles mis diligencias. Cuantos encarecimientos imaginaba allegando epítetos y calificativos para comparar, lo extraordinario de la merced con mis apurados méritos literarios, no ajustaban bien á mi deseo principal de resultar sencillo, cual conviene al humilde, y he preferido dar al traste con todo aparato de insinuación, y fiar al tiempo, á los buenos propósitos, á vuestros ejemplos y enseñanzas, y sobre todo á el favor de Dios, hallar manera y ocasión de pagar en alguna parte la deuda contraída.

Al disponer este discurso, y anticipar en el pensamiento las emociones de este acto, sentía mi espíritu una impresión de desamparo y soledad, rebelde á traducirse en palabras. Contaba cuando fuí elegido hallar entre vosotros un corazón y un alma, en los que el cariño y el hábito de dar aliento á mis primeros pasos en la vida me aseguraban la indulgente aprobación de mis esfuerzos; él me habría aconsejado la mejor traza para la disposición del tema y el discurso; él hu-

biera escuchado la lectura del primer borrador, y corregido con su gusto exquisito y culta discreción todo descuido ó extravío; de él hubiera oído aquel aplauso, aunque tan parcial, tan dulce, de los que nos tienen por algo suyo, y en quienes se despierta tan pura alegría, cuando logramos hacerles creer que su obra y su dirección han sido buenas.

La dolencia y la muerte apagaron aquel peregrino ingenio, donde la sátira y el humorismo tamizaban suave y alegremente los destellos de la ciencia, del arte ó de la crítica, como las leves hojas de los emparrados andaluces, ciernen los rayos del sol y quebrantan su rigor sin oscurecer los brillantes de su lumbre. Vosotros, sus amigos y compañeros, recordaréis su genial estilo, su aguda percepción de lo bello y lo ridículo, su extensa y variada cultura en todas las manifestaciones de la vida moderna, que tan valioso papel le atribuían en la elaboración constante de vuestro Diccionario: yo, al sentir en el alma el vacío que dejan los afectos perdidos, cuando arraigaron profundamente en ella por obra del tiempo y la gratitud á cuidados y desvelos constantes, no puedo pensar en él y en su prematura muerte, sino para llorar recordando la bondad de su corazón, que prestó á mi niñez el perdido calor y la blanda dirección de un padre. Aquel hombre, de conversación ingeniosa, de juicios agudos y originales sobre cada problema de la literatura, la política ó el derecho, de apariencias ligera y un tanto escéptica y desapegada de entusiasmos y ardores de sentimiento, cuando llegaban días tristes de epidemia y luto para el pueblo de Madrid, se transformaba en héroe de la caridad, en apóstol modesto y generoso del bien, y á veces en mártir obscuro, quebrantando su salud endeble en visitar los desvalidos, en cuidar los enfermos, y en llevar incansable á los pobres el socorro que su actividad y sus universales simpatías lograban de propios y extraños, y el valor moral que infundían á todas sus palabras, siempre marcadas con el sello de la distinción y la oportunidad.

En el día de separarse las almas unidas en el mundo, siéntese con íntima evidencia cómo el bien moral es el fin superior del hombre sobre la tierra: todos los restos del arte,

ingenio, trabajo y esfuerzos del ser amado, resultan oscurecidos al lado de los heroísmos, los sacrificios por el bien, la verdad y el alivio del prójimo; aquellas virtudes son las únicas que quisiéramos enaltecer y recordar en quien nos deja: señal cierta y revelación segura de ser ellas las que nos enlazan con la eternidad: todo lo demás es como las riquezas materiales, destinadas á quedar de la parte acá del sepulcro, y el bien, la caridad, el amor, son las esencias con que el espíritu se adorna y atavía para presentarse en otro mundo; purificado por la segregación de la materia impuesta por la muerte.

Seguro estoy de que no era menester nombraros, al empezar estas consideraciones, á D. Manuel Silvela; al verme en este sitio, todos pondríais en él vuestro pensamiento y tendríais su nombre en los labios, y los que habéis sido sus compañeros en esta Academia, por mucho tiempo veréis en mí, más que una personalidad propia, el recuerdo de aquella tan prematuramente perdida, y perdonaréis fácilmente que, después de expresar la gratitud por mi elección, haya consagrado mis primeras palabras á su buena memoria.

II.

Con grave pesadumbre se avivarán también vuestros recuerdos al considerar que me toca en suerte recibir de manos del Sr. Director la medalla ilustrada con tan altos títulos y merecimientos, por el Marqués de Molins. La eminente figura de este insigne académico, ha sido trazada en recientes trabajos biográficos con acierto y autoridad que no son para emulados por mi pluma; mas ello no me excusa de rendir un tributo de respeto, al ocupar tan pobremente el puesto que él dejara á vuestro lado, recordando las líneas principales de su personalidad literaria, siquiera esté tan viva y fresca en la memoria de todos.

Nadie ignora, que inició en los primeros años de su juventud el movimiento romántico con su primer drama, *El Duque de Alba*, y en aquel renacer de nuestra escena, alcanzó pronto lauro inmarcesible, con *Doña María de Molina*, obra de admirable concierto entre los recursos de la acción, estrechados por la nueva escuela, y las trazas eternamente bellas de caracteres y pasiones, inspiradas en el sentido y calor de nuestro antiguo teatro. El triunfo alcanzado por los varoniles acentos de libertad y altivez puestos en labios de Alonso el Tejedor, mereció que Donoso Cortés escribiera á raíz del estreno, que había tenido los corazones del público palpitanes en su mano y había robado al cielo los sublimes acentos de su lira, que era difícil, muy difícil, hacer tanto, y cuasi imposible hacer más; y en verdad, leídas hoy aquellas escenas, cuando se ha disipado el ambiente denso y la atmósfera como electrizada por la invasión romántica, en donde los versos sonaban vigorosos y los apóstrofes de los traidores y sus víctimas arrancaban chispas al cruzarse como aceros en las tablas, aun conmueven y perpetuamente conmoverán en la literatura castellana, la épica figura de D.^a María, y la hermosa representación de los sentimientos populares en el procurador de Segovia; y al par de inmortales sentencias y legendarias imprecaciones de oradores y poetas clásicos, se repetirá en nuestra lengua, mientras se hable ó se lea, la famosa repulsa del honrado Tejedor al infante D. Enrique:

«Que no quieren los villanos
Ni el vino del Sacramento
Si viene de vuestras manos.»

Poeta lírico inspirado y vigoroso, dejó también D. Mariano Roca de Togores en el tesoro nacional, tan abundante y valioso en ese orden de riqueza, preciosísimas joyas, como *El Cerco de Orihuela*, *Los Recuerdos de Salamanca*, *La Flor del granado* y *El Racimo de dátiles*, del que dijo Hartzenbusch que pocos versos en idioma español rayan más alto. Y á estas condiciones singulares, suficientes cada una de ellas para ilustrar un nombre, unía el noble Marqués las

dotes de orador parlamentario, gobernante, y administrador afortunado de los más difíciles organismos de nuestra vida nacional, no siendo parte tan arduas preocupaciones y tareas, á separar su atención ni á distraer su amor de las letras, profesándolas durante su existencia entera, no cual ligera afición de ratos perdidos, sino con perfecta incorporación á la vida, como fin personal y propio, con culto diario y preferente.

La poesía lírica en sus infinitas manifestaciones y géneros, enlazándose con pasiones ó preocupaciones políticas, con sucesos y acontecimientos nacionales de mayor ó menor alcance, con impresiones de actualidad, se escribe y se lee ahora, y se leerá mientras se escriba en condiciones que la hagan digna de ser leída. No tienen menos devotos Campoamor ó Núñez de Arce, que los tuvieron Meléndez Valdés ó Quintana; pero si me es permitido en este momento y bajo estos techos, incurrir á sabiendas y con premeditación, en horrendo galicismo, pues en mi pobreza no acierto con mejor vocablo, diré que la poesía lírica ahora *se lee*, antes *se vivía*; y uno de los poetas y literatos que más poderosamente ayudaron á prestarle aquella vida, fué el Marqués de Molins.

Devoto ferviente yo, de la Epístola á los Pisones, convencido de que en ella se encuentra, no sólo un arte poético, sino una cifra y compendio de los principales artes para la vida y conducta entera del hombre, me prevengo ya, en cuantos estudios ú observaciones críticas me caen en suerte, contra el famoso *laudator temporis acti se puero*; pero estoy muy cierto de no incurrir en esa debilidad de juicio, tan magistralmente trazada por Horacio, al contar por pérdida notoria y grave de nuestro balance intelectual y moral, la extinción de aquellas tertulias literarias, reuniones de esparcimiento y descanso para políticos, juriconsultos, catedráticos, periodistas, hombres de estudio y de labor penosa y diaria, que el Marqués de Molins elevó y sostuvo en Madrid á tan grande altura. Recogíase en ellas, lo más ameno y florido entre los ingenios de la Corte, y se alimentaba, con la emulación y el aplauso de damas, magnates y

caudillos políticos, un comercio discreto y culto entrelazado con la vida social, estímulo para el estudio y la producción literaria; y la poesía y las buenas letras, al serpear por entre tantas gentes como concurrían á aquellos salones, algo dejaban á su paso, y mucho influían en muy varias esferas de nuestra vida pública, no poco resentida hoy de la sequía literaria, que con rigor venimos padeciendo en este último tercio del siglo XIX.

Quedó como joyel precioso de tan amables costumbres, ya perdidas, *El Belén*, periódico publicado para las cenas de Navidad en aquel hogar ilustre, donde tan ferviente culto se rendía al ingenio, á las artes y al buen gusto, en consorcio inseparable con el amor á la patria, la familia, los prestigios y respetos históricos de instituciones y costumbres: allí dejaron Selgas, Campoamor, Segovia, Pedroso, Molins, Alarcón, Rubí, Valera, Fernández Jiménez, Pacheco, Madrazo, Cueto, Auñón, Dacarrete, Sanz y tantos otros, preciosos rasgos y desenfadados de su pluma y allí se preparó el *Romancero de la guerra de África*. Los que no alcanzamos puesto en aquellos salones y sólo percibimos los últimos resplandores de su brillo, no somos quienes pueden describir con más acierto cuanto significaron en nuestra literatura, y ello exigiría también, más espacio del que en este discurso puedo dedicarle; pero al hablar del Marqués de Molins, era debido consagrar algunas palabras á esa manifestación de nuestra vida literaria, que por él adquirió su mayor alcance é importancia social, y con él murió, extinguiéndose tan preciosa fuente de cultura, en un país nada sobrado de manantiales de tal índole.

Tuvo el Marqués de Molins en vida y en muerte el amor acendrado de los suyos, la consideración y el respeto constantes de sus mayores adversarios; murió con la resignación y la entereza propias del cristiano y del caballero, y no apartó de esta Academia sus últimos pensamientos, dedicando con sentido recuerdo á quien le sucediera en su silla, una edición del *Quijote*, que como preciosa reliquia he recibido y conservo.

III.

Los dos hombres cuyo recuerdo había de traer á vuestra memoria al presentarme ante vosotros, inclinaban mi pensamiento y mi voluntad á tratar un tema, de harto sobrado empeño para lo endeble de mis fuerzas y lo apresurado de mis estudios literarios, pero muy digno, en mi sentir, de constante atención para los críticos y preceptistas españoles: la historia y vicisitudes del mal gusto en el apogeo y decadencia de nuestra literatura nacional. Los dos brillaron en ese sentimiento bien acordado que se complace en conformarse á cuanto dicta la razón, llamado por algunos *armonía del ingenio*, por otros, *juicio regulado por el arte*, y que según Bernardo Trevisano, los españoles, más perspicaces en el uso de las metáforas que ningún otro pueblo, expresaron ya en el siglo XVII con este laconismo fecundo: *buen gusto*.

Es, en verdad, curioso que se deba á los españoles la introducción en el tecnicismo estético de la frase *buen gusto*, y que hayamos sido, según parece, los primeros en aplicar á los objetos del orden intelectual esta calificación del orden sensible, anunciando con esto solo el advenimiento de la estética subjetiva del siglo XVIII, que tanto usó y abusó de esa metáfora (1), cuando sin disputa somos la nación en que más estragos ha causado y causa el *mal gusto*, pervirtiendo sus ingenios más peregrinos y manchando bellezas literarias y artísticas del más alto valor.

Lo bello es sin duda una idea absoluta, pero de la que el hombre se apodera menos y la define peor que las de lo justo

(1) Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*.

y lo bueno; ni aun se puede afirmar pueda definirse lo bello absoluto, sino únicamente lo bello relativo, ó sea, la acción que ejercen sobre el hombre la belleza natural y la belleza del arte, y así se explica, que haya entre los filósofos mayor diversidad sobre la noción de lo bello, que hay entre el vulgo de la humanidad entera, para apreciar y percibir la belleza creada. De lo bello puede decirse con propiedad lo que dice San Agustín del tiempo y del espacio: «Cuando nadie me lo pregunta, sé muy bien lo que es, pero me entero de que no lo sé cuando se trata de explicarlo.»

Lo bello lo percibimos y sentimos objetiva y subjetivamente; es como un rayo de la claridad celeste, que al pasar por el prisma de la imaginación de cada pueblo, se descompone en varios colores é infinitos matices é ilumina nuestra mente; su reflejo en el mundo exterior despierta en nuestras almas como una impresión ó un destello de una región de luz de la que no guardamos clara memoria. Es, por tanto, grave error estético querer sujetar lo bello á lo racional, y creer hayan servido jamás las reglas á nadie para crear lo bello; antes al contrario, lo han estorbado y dificultado no pocas veces, aunque siempre han servido y sirven para evitar que se afee lo bello por el mal gusto.

El gusto es un discernimiento de la obra artística en sus relaciones de proporción y medida; es indudablemente don natural; pero como su principal fundamento es la exactitud y la armonía de medio á fin, de forma y fondo, de las partes con el todo, es indudable que se perfecciona con el estudio y con la costumbre, y se tuerce con los malos ejemplos y con la habitual contemplación de lo desproporcionado y lo feo; varía, sin disputa, según los tiempos y los pueblos, pero en la misma diversidad de sus formas, se descubre y se percibe lo que en cada estilo se ajusta más á la belleza inmutable é ideal, y cuando nos apartamos de la alucinación producida por el espectáculo diario de lo irregular y lo inarmónico, apreciamos bien distintamente, y con perfecta conciencia de poseer la verdad, qué forma poética, qué plegado de los paños, qué combinación de líneas y colores, son bellas en sí y por siem-

pre, y cuáles se hacen amables sólo por el imperio de la moda, ó por la influencia de otra belleza superior que les presta su luz.

En estudios de estética, menos que en otro alguno de las ciencias filosóficas, cabe desdeñar el auxilio y comprobación de las referencias á la vida real, y á las impresiones del común de las gentes: á menudo, dice Jouffroy (1), las falsas teorías se encuentran contradichas por la observación más vulgar, y entonces al simple buen sentido es á quien toca fallar en justicia.

Los extravíos de la moda en la mujer, á menudo citados como demostración de que lo bello es concepto é impresión fácilmente mudable, bien observados, revelan, por el contrario, el carácter objetivo y permanente de la belleza y del buen gusto. Es cierto que llegan á deleitar la vista, y á despertar emociones y sentimientos análogos á los que mueve la belleza, los tocados y atavíos más deformes; pero es debido ese fenómeno subjetivo al enlace de tales atavíos con bellezas permanentes superiores que nos los imponen, ayudadas, es verdad, por la fuerza innegable del hábito: la moda, por lo común, se produce é implanta por las más hermosas, ó las más elegantes, por las que en la selección de ese orden social, forman la aristocracia, y llevan la dirección de esa idea ó de ese movimiento; ellas hacen pasar las fealdades del adorno, merced al atractivo y la belleza del sujeto adornado, acostumbran al observador á unir el detalle al cuerpo principal en el modelo, é insensiblemente aceptado corre como bueno en el vulgo de las imitadoras; pero ¿qué mujer de buen gusto, qué admirador del sexo bello no discierne entre las modas artísticas y las desatinadas? ¿Quién no prefiere la curva graciosa de los sombreros de Rembrandt, á las masas disformes del peinado á la Belle Poule, ó á las caperuzas de la bella Isaura? ¿Quién no discierne y percibe una belleza mayor en las faldas airosas y en las peinetas y mantillas de las majas de Goya, que en las crinolinas y en las

(1) *Le Sentiment du sublime.*

cocas de los retratos de Winter Halter, aunque éstos sean tan bellos y elegantes como el famoso de la Emperatriz de los franceses? Y se comprueba la exactitud de ese juicio comparando con estas impresiones, las producidas en la apreciación del gusto por los trajes masculinos, en los que no se confunden esa sensación de belleza y gracia naturales y permanentes del cuerpo, con las mudables del atavío exterior: por largo que sea el hábito de ver en el hombre el sombrero de copa, la cazadora y el pantalón moderno, no alcanzarán jamás á parecernos bellos, como nos lo parecen siempre, donde quiera que los contemplamos, el chambergo español graciosamente remangado para recoger el arranque de la pluma ó la cinta, ó el alquicel morisco, ó la anguarina y el ceñidor del esbelto vaquero salamanquino.

La humanidad cambia en las edades sus preferencias sobre las bellezas que más le apasionan, según se ajustan mejor á sus gustos, y conmueven más su ser: es en unos siglos adorada por el pueblo ó el vulgo la belleza física, en otros la belleza moral ó la intelectual; pero en todos, el hombre de espíritu suficientemente cultivado para abarcar en su conciencia y conocimiento la obra de varias generaciones, aprecia lo bello en cada manifestación de la forma y del espíritu, de la misma ó de muy análoga manera.

Podrán los jueces de Phriné sentirse arrastrados á su absolución por adoraciones de la forma, que no comprendería ningún jurado ni tribunal de derecho de nuestros días, y el abogado que se permitiera esos rasgos de elocuencia en un juicio oral, no pasaría, como Hypérides, á la Historia, sino á la prevención, aunque su defendida pudiera servir, como la cortesana griega, de modelo para las Venus de Praxiteles; pero la belleza estatuaría, se juzga y se aprecia y se siente por los críticos, y aun por el vulgo culto, de la misma manera y con sujeción á las mismas líneas. El juicio, como la voluntad del hombre, no es juicio ni es voluntad humana, si se les sorprende é interroga en un instante aislado de la vida; sólo se puede hablar del hombre, de sus sentimientos y de sus perfecciones, como de su soberanía, á través del

tiempo, y cuando se abraza en un solo concepto una serie de sucesivas generaciones.

En nada contradicen la verdad de esta doctrina las observaciones que en la *Razón del gusto* y el *No sé qué*, desenvolvió con su habitual elocuencia y desenfado el P. Feijóo, sobre los primores misteriosos, que lisonjeando el gusto, atormentan el entendimiento, que los sentidos palpan, y no los puede descifrar la razón, que alterando la determinada proporción de las partes que, según las reglas, deben hacer una mujer grata á los ojos, forma con innumerables y diversísimas combinaciones rostros que enamoran y hechizan, sin que pueda encontrarse revelación más clara de ese natural misterio, que un *no sé qué* que el romántico ó insurrecto benedictino, como le llama el Sr. Menéndez Pelayo, explica por una regla superior, existente en el alma del artífice, distinta de aquellas comunes enseñadas por las escuelas, más elevada que las regularmente aprendidas, y á la que el artista arribó por su valentía. Tenemos por exacta la observación, mas no por ciertas las explicaciones del *no sé qué* que llevan lógicamente al padre Feijóo, como *ciudadano libre de la república de las letras*, según él se apellida, á suponer incompatible la gramática y la pureza de la lengua con los altos vuelos del numen y con la inmensa amplitud de las ideas, para las que se requieren distintas voces, comparando con ese motivo donosamente á los puristas con los pobres soberbios, que más quieren hambrear que pedir.

En la desproporción entre las partes de un rostro, como en el desorden de un discurso, ó en la confusión y desbarajuste de un drama ó un poema, no hay nunca belleza ni ley incógnita de armonías superiores que escapen al preceptista ó al crítico; lo que hay algunas veces, cuando tales atrevimientos ó desaguizados se cometen por el genio, es absorción y avasallamiento de lo feo por lo bello, lo grande, lo vigoroso y lo sublime, obscureciendo y haciendo olvidar lo pequeño, lo desproporcionado y lo inarmónico. El *no sé qué* de un rostro formado con facciones desiguales, cuyo conjunto hechiza, consiste siempre, ó en la belleza singular de alguna

facción predominante por su expresión, como los ojos, ó en las revelaciones en que penetra nuestro espíritu, de bellezas morales que ofrecen esperanzas ciertas de un gusto superior, debido á la gracia, á la ingeniosidad, al ardimiento ó á otra cualidad interna y recóndita, de la que el brillo de la mirada, el arquear de las cejas, el sombrear de unas pestañas, el pliegue y dibujo de unos labios, son cifra por donde creemos adivinar poemas de sentimiento ó de voluptuosidad; y nuestro espíritu descuenta y anticipa por operación instantánea esas promesas, y olvida la desproporción y la fealdad particular y propia del órgano que las revela, como se olvida el tipo de imprenta ó lo tosco del papel, al leer un romance de Quevedo.

La expresión domina y obscurece la forma aun siendo ésta en sí misma bella, y la belleza del pensamiento y de la idea vencen y absorben la belleza plástica; y cuando se producen y revelan al hombre reunidas, le hacen poner en olvido ó colocar en segundo término no sólo las imperfecciones y fealdades de la materia de que se han servido para darse á luz, sino las mismas bellezas plásticas.

Recuérdese el análisis que hace Winckelman del Apolo del Vaticano. El Dios acaba de herir mortalmente al monstruo Pyton: en el cuerpo del vencedor, ni una vena, ni un nervio interrumpen la suavidad de los contornos; la cólera del combate y el desdén de la victoria alcanzada, se dibujan en las líneas del labio y contornos de la nariz; pero una paz inalterable, una serenidad sublime se retrata en su frente, y en la dulzura de su mirada, que penetra á lo lejos, en el infinito, y que se extiende mas allá de su victoria: con razón dice V. Cousin, que ese análisis es un himno á la belleza espiritual (1), que se sobrepone en ese mármol griego, y le da una importancia estética incontestablemente superior, á la puramente plástica admirada en el Niño de la espina, ó en el Fauno del cabrito, joya de nuestro Museo del Prado.

No son menester grandes estudios de observación, ni hábitos adquiridos de discernir lo bello, para sentir la hermo-

(1) *De l'art chez les grecs.*

sura de las vírgenes de Fra Angélico, no obstante sus manos inverosímiles, los interiores faltos de perspectiva y los reclinatorios en disposición de caerse sobre el espectador: la expresión sublime del rostro, la mística pureza de sus contornos, hacen olvidar todo lo demás, como en un dibujo al carbón, se olvida el color por la línea, y en un jarrón japonés se olvida la línea por el color. La belleza es luz del alma, y el sol borra, cuando aparece, la fealdad de la candileja, y lleva nuestra mirada á las nubes, en las que quiebra sus rayos, ó á las montañas que dora con sus resplandores; pero no por ese olvido nuestro, por esa preferencia en la atención de nuestro espíritu, ó en las aficiones del sentido, dejan de ser feas las facciones que lo son, ni contrarias á las reglas de la belleza, examinadas ellas en sí mismas, é incapaces de producir emoción estética por sí, mientras no se ajusten á esas reglas, como se ajusta la belleza superior que las ha obscurecido y hecho olvidar.

Calderón y Shakespeare no conmueven el alma por el hipogrifo violento, ni por las chocarrerías de los enterradores del *Hamlet*, sino por la grandeza, que en sus mantos bordados de primores y maravillas, no deja que se adviertan tan menudas manchas, y porque aun en las escorias de los ricos veneros de su fantasía y de su genio, hay más metal precioso que en las primorosas fundiciones de un mineral pobre, aun cuando se explote con todas las reglas del arte y de la ciencia: por eso decía con tanta verdad Moratín, á pesar de su exagerada crítica del *Hamlet*, hablando de los dramaturgos de su tiempo, que «prefería á Calderón, Lope y Moreto cuando deliran, que á esotros cuando quieren hablar en razón». Así la belleza puede coexistir con el mal gusto, sobreponerse á él, humillarle, obscurecerle y arrancarnos admiración y aplauso en medio de los mayores horrores y quebrantamientos de las reglas del buen decir, y de la armonía de los colores, líneas ó sonidos, mas no por eso dejará de ser defectuosa la obra, en aquello que sea desproporcionado é inarmónico.

Por el contrario, donde quiera existan armonía, propor-

ción, orden y relación natural de medio á fin, podrá haber mayor ó menor belleza producida, y más ó menos abundantes orígenes de sentimientos estéticos para el observador, pero seguramente no habrá fealdad, repugnancia á la contemplación del objeto, burla y menosprecio de él en nuestro espíritu; en una palabra, *mal gusto*; y por eso son tan raras las combinaciones de la naturaleza abandonada á su libertad, que no resultan bellas, y tan arriesgados y temerosos los intentos del hombre cuando se propone imitarla rompiendo las leyes de su armonía y desequilibrando sus proporciones, creadas en ella lentamente y con la exacta relación de medidas, resultado de llegar cada molécula á su puesto por una causa enlazada con su naturaleza, y análoga al todo que la rodea y á los objetos que la sirven de fundamento, ó de ella traen origen.

Alguna vez, pensando en estos problemas de lo bello de la naturaleza y de sus imitaciones, tan en boga en estos últimos tiempos, que tanto han democratizado y extendido el arte de la jardinería, he contemplado en un ángulo de nuestro antiguo Retiro un desgraciado promontorio castigado, como por iras del cielo, por las pestilencias del mal gusto; ya se ensañaron en él los jardineros ó arquitectos del Sr. D. Fernando VII, levantando en su cúspide un templete tamaño casi como el monte, de estilo entre italiano y turquesco, con columnatas de madera pintada de azul y blanco, que semejan el coronamiento de alcorza en los ramilletes de guirlache; vinieron tiempos de mayor progreso y afición á las bellezas naturales, y con ellas se recrudeció el daño, pues abrieron al montecillo un costado, para sacar por él unas desmedradas escurriduras del Lozoya, con ínfulas de cascada rústica, que chorrea algunas horas de la mañana ó de la tarde por entre estopas y alambres embadurnados de cemento amarillo, aspirando á recordarnos estalacticas; el que no es enemigo mortal de la naturaleza y sus obras, mira este intento de decoración alpestre con horror y con lástima, y si, huyendo de aquellos atropellos, da vuelta al montecillo, tropezará en su espalda con un rincón abandonado por los jardine-

ros antiguos y modernos, á la naturaleza; se recogen allí las aguas, después de lucir en la fachada principal, y sobre su cristal sosegado se reflejan un alerce y una encina, retorciendo elegantemente sus troncos para buscar la luz y el sol, que el montecillo les disputa; unas cuantas mimbreras sirven á los árboles como de pedestal y línea ondulante de unión con las orillas, haciendo más esbelto su dibujo; el musgo cubre los bordes del estanque, el liquen, cuyo desarrollo favorece lo sombrío del sitio, platea las horquillas abiertas de las primeras ramas, y la yedra serpentea y cuelga en festones por las más altas. Allí, al lado de las bulliciosas exposiciones de plantas, donde brillan los ramos imitando veladores y jarrones egipcios ó retratos de Su Majestad, con dalias, claveles y siemprevivas, la naturaleza, abandonada á sí misma, sin comisario municipal, ni figurines de París, ha puesto su sello de melancolía, de elegancia y gusto exquisito, mediante la misteriosa armonía del mundo material, al que guían é iluminan desde lo alto el pensamiento y la belleza eterna de Dios.

IV.

Es general observación de los historiadores de la estética, que imperó el mal gusto literario en España desde el principio de su literatura, pues el ingenio español, y singularmente el andaluz, tienden al énfasis y á la pompa de las palabras, de suerte que, antes de tener literatura, poseíamos los defectos destinados á enturbiarla que son; el abuso del color y de los recursos pintorescos, la prontitud y perspicacia del ingenio popular, y yo me permitiré añadir, la timidez para el estudio de modelos, críticas y enseñanzas ajenas.

El pueblo que sorprende en sus cantares, chistes, imágenes y tropos, las relaciones de sentido más difícil y concep-

tuoso, es un estímulo constante para que escritores y poetas, extremen los desequilibrios de la palabra y del entendimiento, y olviden la sencillez de la expresión y de la idea, por los triunfos de la adivinanza y las dislocaciones del razonamiento; y si á esto se añade, ingénita pereza para estudiar los modelos eternos de lo bello, y preferencia por todo cuanto sea producción espontánea y fácil, sin labor de lima ni espera de madurez, no es maravilla que hayan ido tantas veces, desde Lucano hasta Góngora, á la par y como dándose la mano, el genio y el mal gusto en nuestros escritores.

La historia de los conceptistas, desde Alonso de Ledesma y su discípulo Alonso de Bonilla, á quienes siguieron los cultos, es sobrado conocida para que yo me permita recordarla, reproduciendo en cifra lo que Ticknor, Ríos y Menéndez Pelayo han trazado con maestría bien apreciada de todos. Las dos escuelas culterana y conceptista, aunque distintas en la materia sobre que labraban su daño, obedecen á una causa común, y tienen por eso análoga fecha de nacimiento, no ya en España, sino en toda Europa, si bien entre nosotros han sido más extensos y duraderos sus estragos. Aquel gran período de transformación y de plenitud humanas, que durante el siglo XVI llenó á Europa de vida literaria y de todas las alegrías de la invención poética más vigorosa y más enlazada con el sentimiento popular de cuantas ha conocido el mundo hasta el presente, parecía una fiebre alta que llevaba por triste ley de la debilidad y limitación terrenas, una degeneración proporcionada al temperamento de cada pueblo.

Ya se ha esclarecido suficientemente, que no se debieron las decadencias en nuestro suelo, á intolerancias religiosas ni políticas; bastará, al que lo dude, sin otras disertaciones ni comentarios, leer las polémicas producidas por la guerra de Cataluña y el levantamiento de Portugal, los coloquios de D.^a Oliva Sabuco y el *Examen de Ingenios* de Huarte, para convencerse de que, las doctrinas más democráticas de la soberanía popular en ejercicio permanente, y las materialistas y evolucionistas en las ciencias naturales y antro-

pológicas, se desarrollaban libremente, y ofrecían al ingenio español todos los horizontes que pudiera ambicionar el más atrevido, sin más que alguna otra salvedad como las de Huarte, sobre las verdades del Antiguo y Nuevo Testamento; pero así como los cultivos muy intensos, poblando grandes comarcas, traen consigo parásitos que de pronto los asolan ó diezman, y donde fué mayor la lozanía, más persiste y se ceba el mal, así, aquel florecer de la lírica y la dramática, aquella abundancia y elocuencia de teólogos, místicos, cronistas y escritores políticos, trajeron la exageración y amaneramiento en el pensar y en el decir. Cuando la dolencia caía en hombre rico, vigoroso en el razonar, instruido, de lectura variada y profunda, como Quevedo, producía el conceptismo, y cuando tocaba en hombre abundoso de imágenes y exuberante de colores en su paleta, como Góngora, producía el culteranismo.

En el admirable capítulo que en el tomo II de la *Historia de las ideas estéticas en España*, consagra al culteranismo y al conceptismo el Sr. Menéndez Pelayo, allega, entre otras preciosas observaciones y noticias, la censura de Pedro de Valencia á las *Soledades* y el *Polifemo*, y el discurso poético de Jáuregui, reveladores de la poderosa protesta que los hombres de más estudio y valer opusieron á la invasión; ellos demuestran, á la par, cuánta parte tuvieron en los progresos y en la insistencia de esa enfermedad de nuestra literatura, la corta y apresurada educación con que por lo común se contentaban los literatos en España; y bien lo da á entender Valencia en su censura, al aconsejar á Góngora, como remedio de su triste daño, «que siguiera su natural sin pretensiones de elevación, y que estudiara los modelos griegos, en los que encontraría, de estilo sencillo y grande á la par, numerosos ejemplos».

Pero entre los varios métodos discurridos y usados para saber sin estudiar, ó para lucir y pasar plaza de docto ó exquisito, sin saber, uno de los más probados y seguidos en España, ha sido en diversas edades y materias el hablar en culto, ó de suerte que resulte tal dificultad en el entendi-

miento, que la fatiga en descifrar el mero vocablo, se tome, por el incauto lector, como esfuerzo por alcanzar alguna verdad nueva y recóndita. Así, nada nos ha parecido tan elocuente en esta polémica de los cultos, como la sencilla pregunta con que Cascales inicia su censura del *Polifemo*.

«La obscuridad, ¿es virtud ó vicio?» (1)

Vicio es, y grande, cuando dificulta ó retarda el descubrir una verdad, una belleza ó una razón derecha; pero es virtud, ó al menos socorrido recurso, cuando por ella se trata de entretener á una sociedad fatigada de los esplendores del día y hastiada de la luz poética de un siglo.

Nada acredita tanto la extensión del daño, como las defensas de los apóstoles, que airados se levantaron contra las críticas de Cascales y Jáuregui. Es notable, entre ellas, la carta de D. Francisco del Villar al P. M. Juan Ortiz de la Santísima Trinidad, de Murcia, porque da envidia ver, el estilo tan llano, castizo y razonable, empleado en defender con entusiasmo ferviente la locura del poeta cordobés, y los puros y cristalinos períodos consagrados á pintar sus impulsos de levantarle estatuas por aquellos versos:

«En que el mentido robador de Europa,
.....
Luciente honor del cielo
En azules dehesas paze estrellas»,

sosteniendo con toda formalidad, que la figura del *mentido toro, pastando estrellas en dehesas azules*, debiera escribirse en letras de oro.

Extasiábase el D. Francisco del Villar, Juez de Cruzada en Andalucía, hombre de estudios y aficiones literarias no comunes, ante las bellezas acumuladas en los dos poemas; parecíale maravilloso de elegancia aquel principio del *Polifemo*, describiendo el lugar donde va á desarrollarse la fábula:

(1) Cascales, *Cartas filológicas*, epístola VII.

« El mar siciliano,
El pie argenta de plata á Lilibeo;
Bóveda ó de las fraguas de Vulcano,
Ó tumba de los huesos de Tipheo.»

Hallaba exquisito, como la mayoría inmensa de los lectores, que á las profundidades de la caverna habitada por el gigante en el monte, la llamara

«De este, pues, formidable de la tierra
Bostezo, el melancólico vacío.»

Contaba por maravilla de gracia y bizarría aquella ponderación estupenda de las *Soledades*, retratando una doncella de ojos tan ardientes y manos tan blancas,

«. Que hacer podía
Tórrida á la Noruega con dos soles,
Y blanca á la Etiopia con dos manos.»

Y consideraba como primor de erudición recóndita, de alusión histórica intencionada y sutil, al enumerar las producciones traídas por el Nilo, y al hablar del *clavo*, especie muy usada en la repostería del tiempo, y para referir sus cualidades misteriosas y alarmantes, traer al discurso un ingenioso juicio de las virtudes de los héroes romanos, apellidando al famoso condimento culinario,

«*Clavo* no, *espuela* sí, del apetito,
Que cuanto en conocerle tardó Roma,
Fué templado Catón, casta Lucrecia.»

Y todas estas violencias y contorsiones, desatinadas del pensamiento y del lenguaje, las defiende, pondera y analiza el D. Francisco del Villar, manejando con desenvoltura y sencillez admirables el idioma: «¿Qué mayor gala, dice, qué más linda pintura de aquellos volcanes, qué mejor tocada fábula de los Gigantes, y qué más bien dispuesta descripción del sitio?» Y sorprendido de que Cascales, no tan libre del contagio con ser su impugnador, que no disculpase tales metáforas, censurándolas sólo por lo seguidas, dice Villar, expli-



cándonos con entera claridad el alcance y sentido de aquella sublección poética: «No cansan las cosas por tener mucho bueno, y es lástima que los retóricos presuman de un ingenio que se fatiga de metáforas y agudezas continuas. Si nuestro poeta tratara de alguna historia, culpáramosle enhorabuena, porque los hechos heroicos y grandiosas hazañas se proponen para que todo el mundo los imite y entienda, y es bien que se traten con el estilo claro; mas conceptos sutiles, levantados de punto, singulares alusiones, pinturas mitológicas y galanas fábulas á propósito, *qui potest capere capiat.*»

Mas ¿cómo no había de triunfar el rebelde pendón de los Góngoras, Angulos, Villegas y Medranos, si los mismos caudillos leales pactaban con su doctrina y sentían delectación en sus adivinanzas? El propio Cascales, en su réplica á D. Francisco del Villar, aun tachando al maestro de haberse convertido, de príncipe de la luz en príncipe de las tinieblas, añade, entrando en pacto nefando con la herejía: «No le quito yo la licencia de algunos lugares oscuros, con causa; mas afectar la obscuridad, eso se vitupera; la poesía es como la pintura, la cual mucho tiempo se usó sin sombra. Inventóla Polignoto con gran felicidad, porque realmente la sombra hace campear las demás partes, que estaban sin ella lánguidas y casi muertas. Eso también debe hacer el poeta, traer algunos pasos de recóndita erudición que levante la poesía, y con eso parecerá docto, y hará lo que los poetas griegos y latinos con gran alabanza hicieron, porque siendo todo obscuro, es pintar noches, que aunque pintura valiente, es desagradable y no para de ordinario.»

Bien se descubre en este sentido estético de Cascales, que su razón, su estudio, lo que en el tecnicismo de el moderno lenguaje político llamaríamos sus *compromisos de partido* y *sus deberes de consecuencia*, le retienen en la buena doctrina, pero su corazón está con los rebeldes; su gusto estético, en descifrar una charada ó un acertijo, por lo menos, en cada media docena de octavas de un poema, queda manifiesto, y su admiración para el que, en menos estrofas puede citar con

mayor oportunidad á Jeremías, Porcio Latron y Pierio Valeriano, es evidente.

Cuando tal síntoma se advierte en los que desinteresadamente defienden una causa en peligro, sea ella política ó literaria, su vencimiento es cierto y está vecino, y así vemos caer á los más sañudos y comprometidos propugnadores de los cultos, Jáuregui, en la *Farsalia*; Lope, en la *Circe*, en la *Andromeda* y en la *Jerusalem*, y el mismo Gracián, que tan cruelmente se burlaba en *El Criticón* de los culteranos, de la cátedra y del púlpito, escribe en sus *Selvas del año* estrofas que parecen arrancadas de las *Soledades*, como aquélla:

«Después que en el celeste anfiteatro,
El jinete del día,
Sobre Flegetonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Blandiendo por rejonos rayos de oro.»

El conceptismo elevado por Gracián en su *Arte de ingenio* á teoría estética, aunque muy distinto, por su origen y sentido, del culteranismo de Góngora, vició más profundamente nuestra literatura y extendió los estragos del mal gusto á más dilatadas regiones. No defendía Gracián, como Góngora y Villar, meramente un estilo poético, una forma de sintáxis y prosodia que, autorizándose con los títulos de nobleza buscados en el hipérbaton latino, constituyera, como á manera de lengua nueva destinada á entenderse los poetas, y el corto y escogido público capacitado para adivinarlos; iba más al fondo de la rebelión estética y aun de la degeneración total del ingenio, y al extravío de sus direcciones en todos los órdenes de la investigación y de la producción literaria, en la más alta expresión; atacaba el culteranismo la hoja y la pompa exterior de la planta, y se introducía el conceptismo en la raíz y en la médula, dando al razonamiento moldes torcidos, en los que forzosamente había de salir contrahecho, para vivir enfermizo, y engendrar hijos más raquíuticos y deformes.

Eran los cultos, propagadores de una lengua y manera de escribir con la que entendían enriquecer el caudal de géneros



literarios, sin desterrar los usados y antiguos, ni tenerlos en menosprecio; querían dotar al Parnaso español de peregrinas estancias, con arquitectura y ornamentación extrañas y desatinadas, pero sin intento de alojar en ellas toda la literatura, sino de añadirle algún lujoso y novísimo sitio de ostentación y esparcimiento: así lo dice claramente Villegas, y lo confirman Medrano y todos los apologistas de los cultos; y los más devotos ó idólatras del maestro, como Gonzalo de Hoces, al publicar las obras escogidas de Góngora, no ponían en olvido los romances burlescos y amorosos, y las letrillas y décimas, dechados de gracia, fresca y poética sencillez; però los conceptistas herían más hondo, y ellos y la famosa *Agudeza* y *Arte de ingenio*, fueron los principales fautores del quebranto que sufrió toda nuestra vida literaria, ó al menos los que dirigieron el estrago, le dieron forma perceptiva, y lo entendieron á todos los órdenes del pensamiento.

¿Cabe mayor ni más peligroso desatino que reducir todas las cualidades del estilo á una sola, todas las facultades concurrentes á la producción de una obra artística á una sola también, haciendo á la agudeza la única fuente del placer estético, proclamando rey de la mente al concepto, declarando á la sutileza el alimento del espíritu para concluir en este juicio solemne del entendimiento humano; «si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en angel.»

La absorción de todas las demás bellezas por la agudeza, era tal en la *Retórica* de Gracián, que ni la medida de verso, ni la verdad de las imágenes, ni condición alguna de las que avaloran nuestra poesía, son notadas ó alabadas por él en los ejemplos, por demás curiosos y abundantes, que acumula en su libro, y todo lo pone al servicio y exaltación del concepto, empleando el método que más daño podía producir en el vulgo de los imitadores, cual era el de presentar los modelos de cada género de agudeza, recogidos con erudición extraordinaria, propuestos con el atractivo de poderoso ingenio propio, estilo conciso, y aparato de clasificación admirablemente imaginada, mezclando el oro y las piedras preciosas con las falsas, en términos de confundir y viciar al más prevenido,

pero llevando el extravío del gusto á límites que hoy parecen vecinos á la locura. Presenta en el primer discurso consagrado al *Panegirico al arte y al objeto*, como modelo de las agudezas que *son pasto del alma*, esta redondilla, consagrada por un amante, tímido en revelar el nombre de su amada, y deseoso de dar que hacer á quien tuviese interés en averiguarlo. Conveníale á su amor, dice Gracián, ser tan mudo como ciego, y se expresa para ello así:

«En un medio está mi amor,
Y sabe él,
Que si en medio está el sabor,
En los extremos la I el.»

Necesitaba esta agudeza, como otras muchas, de comentario y clave, para poder seguirlo eyendo de corrido, y la explica extasiado el maestro, diciendo: «Fúndase esta agudeza en el nombre de Isabel, que dividido, la primera sílaba, que es *I*, y la última, *el*, dicen *hiel*, y en medio queda el *sabe*, y á eso alude la redondilla, tan ingeniosa como poco entendida». Y por análoga manera, va en todos los capitulos ó discursos esparciendo y recomendando tan extraordinarios modelos de extravagancias como si fueran exquisitas muestras de belleza y perfección literaria.

No está en lo cierto, en mi sentir, Ticknor cuando afirma que Gracián introdujo en la prosa los extravíos de los cultos, y me parece apasionado el juicio de Bouterweck, que declara imposible leer una obra donde el buen gusto y el buen sentido sean más maltratados que en la *Agudeza y arte de ingenio*; pero su propio valor de estética conceptista que, con incontrastables razones y concluyentes citas le atribuye Menéndez Pelayo, hace al tal libro el más abominable engendro que podía caer sobre nuestra literatura y cultura nacional, ya endeble y maleada por los ejemplos de tan arriesgada imitación, que dejara Quevedo. Era, sin duda, talento extraordinario y original el de Gracián, y se sobreponía á su doctrina y enseñanza en discretísimos juicios contra los cultos; pero el conceptismo, como plaga definida y perfecta en su desarrollo,

estaba creado y vivía lozano en prosa y verso cuando él publicó su *Arte*, y ni sus errores eran originales á punto de merecer por ello indulgencia, ni debe otorgársele á quien de tan detestable secta hacía una estética, y pretendía construir instrumento para brillar en todas las artes y ciencias con poco estudio y algún tiempo consagrado á dar vueltas al vocablo, á la transposición, á las conexiones extravagantes de ideas, y á las relaciones disparatadas de términos, objetos ó sentimientos.

Antes de publicar Gracián la primera edición de la *Agudeza*, que parece es la de Madrid de 1642, ya había visto la luz *La Universidad de Amor y escuela del interés, verdades soñadas ó sueño verdadero al pedir de las mujeres*, por el P. M. Antolínez de Piedra Buena, libro de cortas páginas, pero de tal suerte ajustado á los cánones de Gracián, que no parece sino que la estética entera del maestro conceptista, se levantó sobre ese modelo, como pudiera Aristóteles haber hecho las reglas de la poesía épica sobre la *Ilíada*, ya construída. Es todo el libro una serie no interrumpida de conceptos, y de allí debió formar Gracián buena parte de su famosa clasificación de cuarenta y una especies de agudeza (1),

(1) El orden de los capítulos y epígrafes que dan idea de sus enseñanzas y doctrina, es el siguiente: Agudezas por correspondencia y proporción.—Ponderación de dificultad.—Improporción y disonancia.—Ponderación misteriosa.—Ponderación de contrariedad.—Agudeza por semejanza.—Desemejanzas conceptuosas.—Semejanzas por ponderación.—Misteriosa dificultad y reparo.—Ponderaciones y argumentos por semejanza sentenciosa.—Conceptos por desemejanza.—Agudeza por paridad conceptuosa.—Careo condicional fingido y ayudado.—Concepto por disparidad.—Ingeniosas transposiciones.—Prontas retorsiones.—Agudeza por exageración.—Encarecimientos conceptuosos.—Encarecimientos condicionales fingidos y ayudados.—Ponderaciones juiciosas, críticas y sentenciosas, por exageración.—Agudeza paradoja.—Propuesta extravagante.—Concepto por hecho disonante.—Agudeza crítica y maliciosa.—Crisis irrisorias.—Crisis juiciosas.—Agudezas sentenciosas.—Dichos heroicos.—Agudeza nominal.—Agudeza por paranomasia, retruécano y jugar del vocablo.—Ingeniosos equívocos.—Conceptos por acomodación de verso antiguo.—Conceptos por ficción.—Argumentos conceptuosos.—Agudeza por rara ilación.—Problemas conceptuosos.—Agudeza enigmática.—Respuestas prontas ingeniosas.—Agudeza por contradicción y la repugnancia en los afectos y sentimientos del ánimo.—Observaciones sublimes y máximas prudenciales.—Suspensiones, dubitaciones y reflexiones conceptua-

como en jardín botánico, á donde se traen á tributo todos los climas y regiones del orbe. Alrededor de una sola y única idea tan graciosamente tratada por Quevedo en las *Cartas del Caballero de la Tenaza*, escribe el Mro. Antolínez sendas páginas apurando, como en juego de prendas, todos los recursos é ingeniosidades que la pedigueñería de busconas y Celestinas, consiente, y aun no pocos que no son para consentidos, pudiendo con algún recelo elegir como muestra y cita propia á dar idea de libro, el discurso en que el amor enseña las reglas de gramática de aquella Universidad, diciendo «que no se declinan allí sino dos casos, el Dativo y el Genitivo, y si el Dativo *es caso*, el Genitivo también *es caso*, y siendo el Dativo liberal y no *escaso*, el Genitivo anda franco y no *es escaso* que aunque ambos son *casos*, el uno no *es caso*, si el otro no *es caso*, pues siendo el uno liberal, se precia el otro de serlo». Las alumnas de la soñada Universidad son *tomistas*, y los que acuden á recoger sus enseñanzas, *escotistas*; en la cartilla no enseñan á las niñas otra letra que la *d*, y estudian á medias á Demóstenes por lo de *demos*; escriben todas con perfección, *porque no hay ave de rapiña que no tenga buena pluma*; no hallan canto más suave que *el canto de real de á ocho*, ni estiman *los metales de las voces*, sino *las voces de los metales*; sangran allí á los enfermos de la vena *del arca*, y piden de seguida *venda venda*, con lo que les hacen *vender* hasta la camisa; no se perfuman sino con *tomillo*, y aunque no fueran clérigos, *afeitan* á cuantos pueden las *coronas*; esgrímense con los galanes tirándoles á los *escudos* y *pasándolos* de una bolsa á otra; las pruebas de los grados, más que por torcida intención, por los escollos del equívoco, se resisten ya en estos tiempos á la cita; y á vuelta de algunos rasgos de gracia é ingeniosidad que traen franca risa á los labios es tal el cúmulo de dislocaciones, juegos de palabra y pensamiento, que con no ser larga la jornada del libro, deja al que lo le-

das.—Agudeza por desempeño en el hecho.—Agudeza por desempeño en el dicho.—Acciones ingeniosas por invención.—Agudeza en apodos.—Agudeza por alusión.

yere de corrido, una impresión como de fatiga y de insoporables agujetas en el alma.

No es menos acomodado á las enseñanzas del conceptismo de Gracián aplicado á las ciencias, *El Fénix y su historia natural*, libro escrito por Pellicer, y de él parecen transcritas las doctrinas que como reglas de razonamiento y de exposición, conceptuosa y extremada predica en el *Arte de ingenios*, relativas á la *agudeza de perspicacia*, que «es la que atiende á dar alcance á las dificultosas verdades, descubriendo las más recónditas», y aquí tropezamos ya con una entre las muchas víctimas cruentas del extravío en el método, y en la dirección de los estudios y del entendimiento. Tuvo la obra pretensiones de científica y de investigación en varios órdenes de la naturaleza y de las ciencias que con ella se relacionan; refuta, nota ó alaba, según referencia de su prólogo, sobre novecientos autores, y puede verse en él la cifra y compendio de aquella degeneración literaria y científica para la que preparaba su retórica Gracián. Divídese el libro en *diatribes*, porque así se llaman en griego las conversaciones familiares, alguna de las cuales emplea en descubrir esas verdades y dificultades recónditas que reconocía Gracián como agudezas de la ciencia: notando el autor de la *Phenicologia*, (como llama á su tratado en una de las varias portadas de la obra) «que la antigüedad olvidó pintar el pico del Fénix, y siendo la parte más esencial de una hermosura la boca, séame lícita, dice, la adivinación para rastrear, qué pico le será más decente, puesto que ninguno de los clásicos le ha visto».

Y no aparecen la falta de crítica y el extravío de la erudición desatinada é indigesta, sólo en las ciencias naturales, tan escasamente atendidas en los estudios comunes del tiempo, sino que se extiende el contagio del propio mal á las jurídicas, en donde podía esperarse mayor robustez, y por ende mejor defensa: ofrece en una de las *diatribes*, como prolija digresión, este selecto tema: «Siendo inconcuso que los Reyes son la representación de Dios en la tierra, se pregunta: ¿cuál de los dos Reyes, el de Francia ó el de España, representa mejor á Dios?» Y prueba á continuación, con la

autoridad de Marineo Sículo, Vicencio Liripiense, Godofredo Genebrardo, Simón Mayolo, el arzobispo D. Rodrigo y Juan Botero, que, á su juicio, es el de España, y dolido de algunas censuras que corrían de sus escritos, apostrofa á los ingenios españoles, citándolos para esclarecer tan aguda y sustanciosa cuestión política. «Aquí les quisiera yo ver, dice el bueno del cronista, defendiendo á su Rey y censurando los libros de los extranjeros, en vez de censurar los de los naturales.» Y no perdona en su locura el propio derecho civil, que parece resistirse más, por su aplicación práctica y prosaica contextura, á este género de dislates, planteando en otra diatriba esta consulta de abogado: «si se puede estipular el entregar el Fénix», y después de algunas citas eruditas, concluye «que sí, á diferencia del hipocentauro, porque ni le hay ni le hubo».

Y es de notar, para medir en su verdadera extensión el daño, que no era Pellicer hombre que por sus dotes de entendimiento y saber, pudiera excluirse de las primeras líneas entre cuanto producía su tiempo, ni su libro de los que pasaran inadvertidos y hayan de rebuscarse hoy como extravagancias de algún extraviado de esos que en mayor ó menor número producen todas las edades. Habíase graduado en ambos derechos, era Vicerector de la Universidad de Alcalá, había escrito varios tratados de literatura é historia y hecho numerosas traducciones de griegos y latinos. Quedo dice del libro que era uno de los más doctos y más varios que en extranjeros y naturales había leído, «porque la erudición tan honda, la diversidad de las lenguas hebrea, griega, latina, francesa é italiana, que de todas estas se muestra docto, cuyos lugares examina, enmienda y averigua con maestría y con inteligencia, la noticia tan copiosa de autores de todas las facultades que cita, alaba y acusa, hacen que se estime y agradezca, y que se le deba animar á sacar otros trabajos que tenía prevenidos».

Los estragos de las escuelas conceptista y culta, con poco trabajo podrían llenar volúmenes, y si me dejara ir á la fácil corriente de citar títulos y retazos de escritos, ya literarios,

ya políticos, que mueven la hilaridad y acreditan la persistencia en la perversión de gusto durante dos siglos, haría muy dilatado este discurso; pero no quiero terminarle sin recordar aquel orden de la literatura en que el daño fué mayor y más duradero, dando lugar á escarmiento más ruidoso: me refiero á la oratoria sagrada.

Ha llamado con justicia la atención de los críticos, que un pueblo de facundia natural, de grandes teólogos y de místicos, cuya elocuencia no ha sido ni será superada en ninguna lengua, haya resultado tan escaso y pobre en oradores sagrados; y tengo por cierto que es principal causa de ello, la falta ó escasez en nuestra enseñanza y producción literaria, de las cualidades que se relacionan con el buen gusto.

La Bruyère, que consagró un estudio muy profundo á la oratoria sagrada en el pueblo que nos ofrece modelos más valiosos é indiscutibles de aquel arte, dice, con razón, es la más difícil de cuantas se relacionan con la palabra y el pensamiento humano, pues las verdades conocidas y universales que son materia de su labor, exigen una sencillez de expresión, un dominio de la razón y del gusto, difíciles de alcanzar (1); la teología lleva con facilidad á los oradores, del púlpito á la sutileza, la erudición y los textos les alejan de la sublimidad, y el auditorio humilde y convencido, á menudo les induce á la vulgaridad y á la chocarrería.

Juan de Avila, Fr. Luis de León, Malon de Chaide y Fr. Luis de Granada, ofrecían tesoros de elocuencia y enseñanzas de doctrina, y aun de retórica aplicada á las ciencias eclesiásticas, que quizás hubieran producido en nuestro púlpito un Bossuet ó un Bourdaloue si en el espíritu nacional hubieran existido los elementos de lucha y de contradicción que había en Francia, y bien que de la unidad de pensamiento y de la sumisión de fe y doctrina, se recogieran frutos de mayor alcance, reconozcamos no era favorable para el vigor de la oratoria sagrada, tal estado de nuestro pueblo, que alcanzaba desde las clases más elevadas á las más humildes.

(1) La Bruyère, *La Chaire*.

Pero si Juan de Ávila y Tomás de Villanueva y Francisco Victoria y Cano y Suárez y Domingo de Soto y Fr. Luis de Granada, dejaban en los siglos XVI y XVII materiales preciosos para la oratoria y literatura sagradas, ayudando la obra regeneradora del Concilio de Trento, empezaba á escribir en 1600 Alonso de Ledesma sus *Conceptos espirituales* y su *Monstruo imaginado*, se preparaba la funesta conversión cultista de Góngora, y los predicadores italianos Cornelio Musso y Panigarola, adquirían inmenso crédito y aplauso con los recursos más detestables de metáforas, alegorías, antítesis violentas y erudición abominable y desatinada, capaces de corromper y esterilizar tan valiosas simientes, y de consumir en hojarasca y malas hierbas, toda la sustancia del ingenio nacional.

Ya en las oraciones fúnebres de Felipe II se producían ejemplos que Ferrer del Río señala, como de los legítimos antepasados de Fr. Gerundio, en el memorable discurso que sobre la oratoria sagrada española en el siglo XVIII leyó en el año de 1853 ante esta Real Academia. Paravicino, el predicador de los reyes y el rey de los predicadores, como se le llamaba por entonces, fué el Góngora y el Gracián de la oratoria sagrada, y era aclamado como el moderno Crisóstomo, aplaudido por el pueblo y los príncipes, que se extasiaban oyendo decir desde el púlpito «que el fuego no había consumido á Elías, porque habiendo ayunado mucho este profeta, no se atrevió el fuego á ser menos que él y quiso ayunar también, absteniéndose de devorarle», ó ponderar las consecuencias de la embriaguez, considerando «como pudo Noé naufragar en un poco de vino habiéndose salvado de todas las aguas del diluvio»; y los ejemplos que Gracián propone en su *Arte de ingenio* del P. Florencio y Fr. Lope de Andrade, no son menos estupendos, dando idea completa de el estado en que nuestros estudios se encontraban, y de los extremos que alcanzó el mal gusto en el pueblo, preparando con crecientes excesos y con la mayor pobreza de imaginación que caracteriza el siglo XVIII, la ruidosa sátira del P. Isla.

Pocos, ninguno quizá de cuantos lances guerreros se han



librado en las contiendas literarias, obtuvo tan lucida victoria, tras del breve pero estruendoso choque de folletos, impugnaciones, defensas y diatribas, que obligaron á mediar en la pelea al Santo Oficio; el golpe certero había herido el mal en sazón, y cortóse el daño, recobrando el púlpito condiciones de severidad y corrección, ya que no alcanzara la sublimidad y grandeza que no dependen de la buena retórica, ni del acertado gusto, sino que han de venir de la inspiración y de los dones con que Dios favorece á la humana inteligencia, cuando lo tiene á bien.

El siglo XVIII es en nuestra historia literaria, como en nuestra historia política, un período de constante predominio de las ideas francesas sobre las nacionales, no ciertamente debido á la sustitución de la dinastía, pero ayudado eficazmente por la acción poderosísima de la victoria y de las ideas, costumbres y aficiones de los gobernantes. La literatura española y la francesa habían sufrido las influencias recíprocas propias de la comunidad de origen y raza, durante los siglos XVI y XVII y no era posible, que en la decadencia de la nuestra, resistiéramos un predominio que con menos motivos sociales y políticos, sufrieron en mayor escala quizás Italia y Alemania: no podían traernos los franceses ni ideas nuevas ni gérmenes desconocidos y fecundos que despertaran grandes energías ó vigorosos acentos en la poesía, ni en el teatro, ni en la novela, ni en la historia; pero así como introdujeron en nuestra Administración el orden, en la milicia la disciplina, en la Hacienda una relativa regularidad, condiciones todas genuinamente anti-españolas, procuraron implantar en nuestra vida artística y literaria el gusto, encaminando los estudios y la dirección general de los espíritus hacia los modelos de corrección, y á veces de frialdad y de prosaísmo, y su influencia en ese sentido fué beneficiosa en el límite y medida en que pueden serlo para el espíritu, la educación, las reglas, y los métodos de producción é higiene del alma.

La sola institución de esta Real Academia bastaría á la gloria de ese período, y á que fuese digno de gratitud nacional

su advenimiento. No era, ciertamente, ningún afrancesado traído por el vencedor de Villaviciosa, sino el más español de nuestros ingenios, el gran Lope, quien iniciaba la necesidad de establecerla, diciendo que se había hecho nuestro idioma «casa de embajador, pues aunque viniera huyendo, una oración bárbara de la lengua griega, latina, francesa ó garamanta, podía acogerse segura de ser bien recibida, valiéndose de que no se ha de hablar común porque es vulgar bajeza»; y la obra prodigiosa del Diccionario de autoridades, hecha en poco más de trece años, con respeto excesivo quizá á lo bueno y lo malo de nuestros autores, conservando en su integridad el genio nacional del idioma hasta en lo que con razón pudiera haberse podado en aquella primera limpia, es tal, que asombra y enorgullece contemplarla.

Por el propio tiempo se fundó la Biblioteca Real, y se acompañó á la reunión de libros, y aliento y facilidad para su lectura, la reimpression, por los que la dirigían, de varias obras inéditas, formándose entre sus bibliotecarios y oficiales, uno de los centros en que con más entusiasmo se perseguía el restablecimiento del buen gusto literario.

Seguir, siquiera en sus líneas más capitales, aquella campaña del buen gusto, por los trabajos de las Academias de los Desconfiados de Barcelona, y la de Buenas Letras de Sevilla, por el *Diario de los literatos*, la *Aduana crítica* de Martínez Salafrañca, Huerta y D. Jerónimo Puig, por la *Poética* de Luzán, por la obra monumental contenida en los escritos de Feijóo y por los salones literarios que con el nombre de la Academia del Buen Gusto y Academia del Trípede, sostuvieron en Madrid y en Granada la Condesa de Lemos, la Marquesa de Arcos, el Conde de Torre Palma, el canónigo Porcel, Montiano, Nasarre, Velázquez, Villarroel, Scotti, y de las que tan sustanciosos juicios y noticias nos ofrece el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, en su precioso estudio de la *Biblioteca de Autores Españoles*, sería intentar tema y materia para dos discursos, cuando uno solo me parece ya sobrada pesadumbre para mis cortos esfuerzos. Pero sí me permitiré apuntar como enseñanza que se ofrece

sin hondo estudio de toda aquella historia, así literaria como política, el resultado que se obtiene para corregir los que parecen vicios más arraigados y naturales inclinaciones ó defectos de un pueblo, de la disciplina, en todas sus formas, ya mediante la acción de los gobiernos é institutos oficiales, ya de las clases elevadas y directoras de las altas instituciones, jerarquías sociales y aristocráticas de todos los órdenes.

En aquél primer período de la Monarquía borbónica, cuando tuvimos administradores y estadistas como Ensenada, Carvajal, Patiño, Aranda, Floridablanca y el Marqués de la Sonora, con las cualidades, artes y procedimientos antes empleados por Francia, logró España, y con los propios recursos, medios y personal que antes la habían llevado á los últimos límites de la miseria, un prodigioso impulso en todos los órdenes de la actividad moral y material; y esto en sólo los setenta años que separan la paz de Utrecht de la guerra con la Gran Bretaña, los proyectos de invasión de Inglaterra, la victoria naval de las Azores y la reconquista de Mahón, y sin alterar las condiciones históricas y constitucionales de la nación, por la sola virtud de administrar bien, lo mismo que antes se había administrado mal.

Al calor de esa reorganización de la vida pública, señalando el Estado con perseverancia en academias, enseñanzas, diarios y protecciones inteligentes y generosas la dirección literaria de los espíritus, se corrigieron los extravíos del gusto en el púlpito, en la literatura, en el teatro, en la historia, y en la cultura general; no surgieron de esa fecunda y paciente labor Lopes, ni Quevedos, ni Teresas de Jesús, porque el genio le envía Dios cuando quiere señalar con su especial protección un siglo; pero no se extraviaron los ingenios en los laberintos del conceptismo, y la crítica, y la historia, y las ciencias jurídicas, como las naturales, tomaron en la investigación y en las exposiciones de sus doctrinas, el sosegado curso que la razón y el buen sentido recomiendan, para hacerlas más amables y provechosas.

Hoy no vemos amenazada la literatura de análogos peligros; la crítica y la opinión vulgar buscan y disciernen el

valor de las obras de poetas, novelistas y oradores, sin apasionamiento por estilos determinados, aplaudiendo en cada ingenio los aciertos que alcanza, según su peculiar manera; pero más bien se inclina la opinión y el gusto general á la sencillez, y á la sustancia y peso de la idea, con desvío, un tanto exagerado quizá, de las bellezas y valentías de la forma, y esto aleja la producción literaria de los extravíos pasados del mal gusto; pero en orden á la belleza plástica, al sentido artístico del pueblo y de las clases altas, que lo debieran doctrinar con sus modelos y enseñanzas, fuerza es reconocer que desde el siglo pasado el retroceso ha sido considerable, y que importaría mucho no cejar en los empeños, generosamente intentados por algunos, para contener la decadencia y para restituir á la vida industrias artísticas, que en este propio suelo florecieron con tan exquisito instinto de lo bello, de lo gracioso y de lo delicado. Asombra lo que alcanzaron en el orden de la ornamentación los primorosos artífices de armas y platería de Madrid, los olvidados artesanos de la cerámica blanca y polícroma de la Moncloa y del Retiro, los tejedores de los tapices del Pardo y del Escorial, no menos primorosos hoy, pero demasiado contenidos en la constante reproducción de los propios modelos, los dibujantes de las verjas, herrajes y cantería de los sitios Reales, en donde más se dejaron sentir las influencias de la línea elegante de los artistas de Luis XV y de la Regencia.

La restauración intentada de la Moncloa, las escuelas de artes de San Juan de los Reyes, las tallas y hierros primorosos de San Francisco el Grande, han sido alientos con que ministros y próceres amantes de su patria y de sus glorias, con fé en las aptitudes del pueblo para la producción de lo bello en este orden secundario de la vida artística, pero de interés grande para su progreso y cultura, han querido emular el movimiento y la acción que realizaron en España los Borbones desde Felipe V á Carlos IV; sensible sería, en verdad, no fuesen secundados en su empeño, porque tales empresas requieren, como todas las que se dirijan al progreso

de las costumbres, persistencia y espíritu de continuidad en los esfuerzos, que es de todas las virtudes ó cualidades de este mundo la más rara y difícil para nuestros gobernantes, y porque la opinión pública, el sentido general, ayuda poco para todo cuanto sea apreciación del gusto, y el impulso ha de venir de lo alto, del corto número de los que por sus aficiones, estudios ó aptitudes, pueden determinar é interesarse en conservar cuanto importa de lo antiguo, y decidir lo que conviene restaurar y rehacer de lo destruído, ó ir elaborando en lo nuevo, en condiciones que respondan á reglas de belleza y armonía.

Entristece ver la facilidad para destruir monumentos en las ciudades que fueron dechado de primores arquitectónicos, ó para afrentar las bellezas obtenidas á mucho coste, por cualquier interés ó conveniencia baladí y del momento. El ensanche de una plaza por la que apenas transitan los vecinos de una ciudad más extendida que poblada, que hace de los restos artísticos su gloria, que de ellos obtiene afluencia continua de viajeros, nombre y fama en el mundo, basta para dar pretexto al derribo de un arco morisco, bello y legendario á la vez; la elegante disposición y airoso emplazamiento de un palacio, logrados con acierto y bizarría, que decora y embellece uno de los accesos de la capital, se cortan y obscurecen por el tinglado y la chimenea espantable de una fábrica de alumbrado; sobre los airosos trofeos de una puerta monumental se coloca sin duelo la palomilla de un conductor de cien teléfonos, y en medio del semicírculo, grandioso y elegante, de una glorieta de Fernando VI, presidiendo los bancos graciosamente festoneados de volutas contorneadas con flores y lazos del más puro Luis XV, alza cualquier contratista municipal una horca patibularia, de la que pende una lámpara eléctrica, y la forra el Ayuntamiento de percalina de los colores nacionales para festejar la entrada en el pueblo de SS. MM., sin que ni autoridades, ni clases altas formulen protesta, ni reparen apenas en tales atentados.

Estas observaciones, con las que ya pongo término á mi trabajo, quizá os parezcan sobrado menudas para un discurso

de Academia, pero las disculparéis parando mientes en que así como la virtud en el hombre, según un profundo dicho de Pascal, no debe medirse por sus esfuerzos, sino por lo que de ordinario hace, así el sentimiento natural de la belleza y del gusto en un pueblo ó en las clases que le dirigen, no deben apreciarse por sus obras ó producciones extraordinarias, sino por los hábitos é impresiones de su vida usual y corriente.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

En mal hora, Sres. Académicos, como veis, se presenta el Sr. Silvela á tomar posesión de su cargo en esta ilustre corporación; en mal hora, no solamente para la Academia, sino para él, puesto que al traspasar los umbrales de este recinto, en vez de adelantarse á darle el parabién y la bienvenida aquellos dos insignes varones con quienes le ligaban estrechos lazos de comunidad de afectos y de principios, ó vínculos apretados de la sangre, se encuentra con que le salen á recibir, no sus brazos ni su palabra, sino su inolvidable memoria, vistiendo el fúnebre crespón con que enlutó sus laureles la muerte. Y como si fuera corta desventura tropezar en los dinteles mismos de esta Academia, y en la hora solemne de su recepción, con las tumbas de los que le fueron más queridos en su seno, agrándase y se aquilata este dolor con ser el último de vosotros el designado para recibir á quien con tanta ansiedad esperábamos ver á nuestro lado.

Porque por más que lo intente con empeño y lo persiga con tenacidad, ¿cómo he de emular ni de lejos, en esta solemne ocasión, ni el delicado ingenio y la sutil agudeza del uno, ni el hondo sentir y el profundo pensar del otro de nuestros dos inolvidables compañeros evocados hoy aquí ante vosotros por la sentida invocación del ilustre Académico que los sucede?

La Academia, que incesantemente los llora, puede sentir esperanzas ciertas de consuelo al ver ocupado el sillón del Marqués de Molins por quien tan dignamente puede reem-

plazarle, y al escuchar de nuevo, tras largo espacio de silencio, la voz como resucitada de aquel que figuraba en nuestros anuarios con el nombre de D. Manuel Silvela; pero el nuevo Académico, ¿cómo se ha de poder consolar, cómo ha de poder atenuar ni levemente su pena, escuchando en vez de aquéllas mi voz, embargada por el sentimiento que no puede menos de apoderarse de mí en el día de hoy, por más que me esfuerce, como me he de esforzar, en darle los más regocijados acentos?

Y rendido ya el indispensable tributo al dolor, compañero obligado de todas las alegrías de la vida, procedamos á la presentación que es de rúbrica en tales solemnidades.

Presentar á D. Francisco Silvela en cualquier parte, tiene algo de ridícula pretensión y de oficiosidad impertinente, pues harto le han dado ya á conocer sus trabajos y sus méritos en todas ellas, pero si la dificultad de presentarle puede á primera vista nacer de ser ocioso presentar á quien es tan bien conocido, puede nacer y nace á segunda vista en esta ocasión, de lo insuperable que es para mí presentar á quien no he logrado conocer, más que por falta propia de conocimiento, por considerarlo incognoscible.

Claro está; si la presentación hubiera de reducirse á decir: «Señores Académicos, ahí tenéis á D. Francisco Silvela, joven (perdonadme la adulación) de grandes esperanzas y merecimientos, de figura gallarda y porte distinguido, ingenioso autor de varias obras y discursos en los que campea el ingenio y la buena intención, que tiene la barba negra y blancos los dientes, y gasta quevedos en los ojos y en el estilo», la tarea no podía ser más fácil ni más agradable; pero ni es eso lo que esperáis de mí, ni para eso me ha dado sus poderes la Academia, ni, de lo que estoy más seguro, daría gusto con ello al nuevo académico, acostumbrado á encontrar en mi amistad rudos acentos de sinceridad y autorizadas expansiones de franqueza, que dan valor al elogio cuando lo hay, y descartan por anticipado de la censura todo lo que no sea ardiente afán de ver perfecto y acabado en todo al amigo.

Y no cavile la insidiosa malicia de alguno, que si aban-

dono los trillados senderos del panegírico oficial, es porque no considere que se puedan prestar á él las condiciones del Sr. Silvela. Porque aparte de que no podría ser que le faltasen de todo punto las calidades que se requieren para tan fáciles elogios, aun no estando, como estamos, en épocas de rehabilitación, en que no hay bandolero histórico, ni criminal de campanillas á quien no le salte un erudito á vueltas del primer archivo mal registrado, con su correspondiente apología, ó una junta municipal ó un especialista en centenarios que no le decrete una estatua; sin contar con que no había de ser más difícil hacer el elogio de D. Francisco Silvela, que el del mismísimo Satanás, cantado por prosistas y por poetas contemporáneos como redentor de la humanidad oprimida, no puedo conceder tampoco, por grande que sea la modestia que me imponga mi falta de recursos, que de ellos había de carecer en tanto grado que no pudiese intentar una apología del Sr. Silvela, aunque fuera parodiando aquella tan sabrosa como vulgar del más ingenioso de nuestros poetas:

«Cruel llaman á Nerón,
Y cruel al rey Don Pedro,
Como si fueran los dos
Hipócrates ó Galeno.»

Pero afortunadamente, Sres. Académicos, no necesita el Sr. Silvela de ningún Quevedo para librarle de universales censuras; todo el mundo hace justicia á sus eminentes cualidades, y sus defectos, si es que lo son, pertenecen al número de aquellos que el mundo aplaude cuando no envidia, y más necesidad de defensa había de tener el censor que se atreviese á condenarlos, que el amigo que, en ocasiones como ésta, se decidiese á aplaudirlos.

Lo que hay es que yo no quiero mentir, ni el Sr. Silvela quiere ni necesita que mienta; y yo, que soy un entusiasta de la razón, que proclamo á voces su poderío, que la creo impresión directa del mismo Dios en nosotros, que someto á su jurisdicción soberana todo lo que cae bajo el concepto de



ente, al llegar al Sr. Silvela..... pierdo el valor, me entra el miedo, me abandona la serenidad, huye la confianza de mí, y no acierto ni logro componer en síntesis armoniosa los encontrados elementos que me da la observación experimental de sus peregrinas facultades.

Y como entre todas las injusticias que me sublevan y me exaltan, la que me saca más por completo fuera de mí, es la que se califica con los nombres, dulces por demás, de *Pastel* y de *Pastelero*, que consiste en dar á todos la razón partiendo por medio á la justicia, lo que, si puede ser bueno como ardid en los juicios á lo Salomón, como fallo definitivo sólo produce el resultado de azotar al justo primero para crucificarle después, como hizo con Jesucristo Pilato, no quiero, ni puedo, contentarme con presentaros, aderezado con toda clase de mieles y polvoreado con azúcar, un Silvela montado como ramillete de honor para las necesidades de la presente solemnidad, término medio entre un Silvela-Caín, modelo acabado de florentina perfidia, y un Silvela-Bayardo, caballero andante del honor y del sentido jurídico en nuestros días.

Desesperada situación para mí, Sres. Académicos, sería ésta, si, como *deus ex machina*, no hubiera venido á sacarme de los mortales trances del apuro, el recurso de un apotegma literario que no sólo me libra de los abismos del atolladero en cuestión, sino que me coloca de lleno en el terreno propio del tema y del discurso. Este apotegma salvador no es otro, Sres. Académicos, que aquel que grabó Buffón con el buril de la inmortalidad al escribir estas palabras con su pluma: *El estilo es el hombre*.

Si el estilo es el hombre, como dice Buffón y yo lo creo, mi tarea es fácil por demás; con presentaros el estilo que brilla y que campea en las obras del escritor y el orador, os habré presentado al hombre que recibimos por compañero, y os lo habré presentado además tal como deben tener lugar aquí principalmente las presentaciones: bajo su aspecto literario.

Estudiemos su estilo, pues; sorprendamos en los giros pro-

pios de la palabra y de la frase los sentimientos y facultades á que obedece su expresión, la ley que la determina; descubramos en el matiz, en la tendencia, en el medio, la genial propensión de la naturaleza que los prefiere, y ya que se buscan hoy los caracteres más íntimos de cada personalidad en la inclinación del ángulo facial, en las protuberancias del cráneo, en la configuración de las manos y de los pies y hasta en el carácter de la letra, busquemos nosotros en el estilo, que es, á mi modo de ver, como la letra del alma, el secreto de una personalidad moral tan debatida y tan interesante como la personalidad del Sr. Silvela.

Dos son los campos en que más especialmente ha esgrimido las fuerzas propias de su ingenio este autor: el del discurso y el del libro; y por fuerza habremos de considerarle en los dos para tratar de sorprender el secreto que tan afanosamente buscamos, que bueno es, para encontrar al hombre tras del autor, estudiarle unas veces en el retiro de su gabinete, á solas con su conciencia que le da espontánea y confidencial conversación en el abandono de la intimidad que revela inconsciente á veces la pluma, y otras entre el tumulto de la multitud, enfrente del adversario, con la hueste arremolinada detrás, con el público ante los ojos, á la faz de toda la nación y cogido *in fraganti* por la historia.

Como escritor todos lo recordáis, descuella entre todas sus obras aquella peritísima disertación que, sobre sor María de Agreda y Felipe IV, escribió, con el nombre de *Bosquejo histórico*, al frente de la correspondencia entre estos dos personajes dada no ha mucho á luz por un ilustre editor tan generoso como inteligente. La importancia del estudio á que me refiero por los temas con que se relaciona y por el período histórico que abarca, por el esmero con que se trabajó, y hasta por la extensión de sus páginas, me obliga á decir dos palabras acerca de él, considerándolo como la obra maestra del Sr. Silvela.

Distínguese, á nuestro juicio, este trabajo, primero por lo castizo, severo, fácil y propio del lenguaje, ajeno á toda afectación y rebuscamiento, y después por la elevación y so-

lidez de sus juicios, tan distantes de arrebatos y de entusiasmos de pasión por el brillo deslumbrador que despiden las figuras que se destacan en la historia, como de diatribas y ensañamientos sistemáticos, hijos de positivismos que nos atrevemos á calificar de brutales, y hasta de más ó menos inmorales maquiavelismos, con que han sido juzgadas estas figuras por algunos críticos en nuestros días. Añádase á todo esto un fondo de ese buen sentido que, sin duda alguna, por lo raro, como se ha dicho mil veces, conocemos con el nombre de sentido común, y una moralidad exquisita que no excluye la crítica aguda, intencionada, y hasta en ocasiones mordaz, y tendremos la calificación de esta obra, tan distante de la inconsiderada apología, como de la sátira despiadada. Obra que si de algo puede pecar, sería, á nuestro juicio, de un como cierto temor que se descubre en sus páginas, de elevarse tal vez demasiado al cielo, por no aventurarse á perder el buen asiento de los pies en la tierra.

No busque, ciertamente, en ella el lector aquella mirada vigorosa, y á veces arrolladora, de alguno de nuestros modernos historiadores, que casi fuerza á la misma realidad como á plegarse y acomodarse al ojo robusto con que la mira; no busque tampoco en ella nadie la descreída y desengañada análisis de algún vivisector que conocemos, que sólo suele descubrir en esta clase de trabajos el rebaño humano conducido á guisa de pastor por el más inteligente de los malvados que lo apacientan; ni menos la simple y superficial contemplación, seguida invariablemente de aplauso, con que los místicos y monárquicos del montón orlan y corean tales retratos; ni tampoco la necia y aparatosa declamación, llena de lugares comunes, con que nos aturden aún los oídos los librepensadores al por menor en sus trabajos de gacetilla que ya van pasando de moda. Búsquese en ella un estudio tan severo como imparcial, y tan concienzudo como ingenioso, de los datos que suministra la historia, y en el que resalta ante todo el cuidado, que podríamos llamar esmero, de no salirse del camino trillado, del camino real, de lo natural y de lo verosímil, haciendo justicia á todo lo que resulta

probado ó muy probable, y pecando acaso (lo volvemos á repetir) por acortar demasiado el vuelo de la imaginación, temeroso de que por remontarse se pase de las regiones de la realidad y se pierda en las regiones de la quimera.

Para los aficionados á las grandes síntesis de la historia que descubren y proclaman una gran unidad entre las variedades diversas de sucesos encontrados ó diferentes; para los amantes de la disección anatómica hecha con el implacable bisturí del operador sobre los grandes cadáveres de la humanidad insepulta, para encontrar el nervio bajo la piel; para los adoradores de las apoteosis ó de las picotas en absoluto, para toda época ó personaje favorable ó contrario á sus compromisos de escuela, esta obra deja mucho que desear, por la delicada mezcla de elementos que la componen, por lo humano y lo racional del criterio con que está escrita, por la llaneza y la facilidad de su estilo, sin atrevimientos; pero á todos será forzoso confesar que en ningún estudio histórico como en éste resplandecen el verdadero espíritu de la escuela experimental y positiva en lo que tiene de sólido y de acertado, que brilla y se descubre ciertamente en grado harto mayor que en otros que tanta fama han acarreado á sus autores en el extranjero, y en los que no pocas veces, huyendo de toda leyenda y de toda ficción poética, sólo aciertan á ser los poetas de un realismo que no alcanza otra realidad que el propósito decidido de sus autores de ser y de llamarse realistas.

No ha faltado ni ha podido faltar, tratándose de una obra del Sr. Silvela, quien aspirase á leer entre las líneas de este trabajo, buscando bajo el polvo de los retratos antiguos, los rasgos más salientes de fisonomías contemporáneas. Ya volveremos sobre este triste privilegio de que gozan las obras del Sr. Silvela. Nosotros no lo queremos creer, y si espontáneamente sentimos un gran aprecio leal por las condiciones morales del Sr. Silvela, estudiado en sus propósitos y en sus fines, es precisamente por el religioso respeto que informa, hasta con cierta timidez, todas las páginas de esta obra, temerosa de faltar en un ápice á la justicia, casi podríamos

decir á la caridad, con los muertos que viven en la historia. Mal podríamos, pues, creer que el Sr. Silvela los resucita para arrojarlos como proyectiles, después, á la cabeza de sus amigos.

En resumen, que el Sr. Silvela, como escritor, parece una excelente persona que juzga sin prejuicios y sin pasión, con elevación y conocimiento, y escribe sin afectación, con estilo fácil y ameno, en muy correcto castellano.

Pasemos ahora á juzgarle como orador, que es como realmente ha alcanzado más fama. Descarto, para comenzar, su aspecto de orador forense, porque no dedicándose como especialista á lo criminal, que es lo que suele llamar la atención de la generalidad del público, como defensor de pleitos en lo civil, sólo podríamos juzgar atinadamente de su mérito por el número y la clase de sus clientes, y es bien sabido que su bufete es uno de los primeros de España por su grande notoriedad.

Que buena pro y buen provecho le haga.

Y viniendo ya al orador político, no es necesario decir que no es precisamente por la grandilocuencia y rotundidad de los armoniosos períodos, ni por el fuego de su expresión, ni por la inspiración sibilina, ni por el lujo de tropos de dicción ni de sentencia, ni por la copia y facundia de su palabra, por lo que su oratoria descuella. Antes por el contrario, distínguese ésta por una como ática sobriedad que da cierto temple acerado á su estilo y que hace rematar como en punta cada oración, por lo que se las ha solido comparar con la hoja aguda y penetrante de un florete.

Añádase á esto la intención que se le supone, ó que tiene, y que, á modo de hierba de ballestero, impregna los agudos finales de cada peroración, y tendremos averiguada la causa de sus éxitos en la tribuna. El adversario, es verdad, no se siente deslumbrado por el relampagueo de la flamígera espada de la imaginación, ni aplastado bajo el peso de la maza del aparato científico, ni acuchillado por el mandoble del silogismo contundente, ni desmontado por el bote de lanza del apóstrofe arrollador,..... siente apenas un ligero escozor en la

piel, un ruido sordo y hasta suave, como de insinuación sutil de una aguja por los tejidos; la sangre no brota á torrentes ni á borbotones, no se dibuja ni colorea el tornasolado cardenal en la piel, ni cuelgan, rotos ni descoyuntados, los miembros....., pero la hierba hace su efecto, y el herido vacila, tarda poco en perder el pie, y suele al breve rato caerse para no levantarse jamás.

Así como de algunos oradores de gran pulmón, de voz estentórea y gesto declamador, ha solido decirse en ocasiones, al verles desperdiciar en asuntos menudos sus grandes dotes, que solían «cazar codornices con cañón», de Silvela se puede, con mejor fundamento, decir lo que Juan Mateos refiere, en su *Origen y dignidad de la caza*, de aquel tan ilustre como esforzado cazador, que para responder á una crítica algo severa de su padre, solía matar los jabalíes con lezna.

Es verdad que la fama de la intención que presta el vulgo de las gentes á sus palabras más sencillas, le han colocado, como ya hemos manifestado anteriormente, en una tremenda dificultad, la de no poder decir algo sin herir ó sin que la gente crea que ha herido con herida incurable. Semejante á esos puñales damasquinados, de forma artística y delicada, que parecen juguetes de tocador, pero que ocultan entre sus doradas estrías el jugo de una ponzoña mortal, apenas llega nadie á creer que pueden cogerse sin herirse, herirse sin emponzoñarse, y emponzoñarse sin morir.

De aquí que, hasta cuando dice «Buenos días», se sonríen maliciosamente las gentes, como si hubiese querido decir «Malas noches», y hasta cuando murmura el usual «Vaya usted con Dios», se traduce, ó se suele traducir, por un «Váyase usted al diablo», dicho con toda la mala intención que es de rigor suponerle.

Es tanto lo que se cuenta con los efectos de la intención en los discursos del Sr. Silvela, que apenas si puede abrir la boca para empezar, cuando ya murmura alguien en el auditorio, temeroso de pasar por poco sagaz: «¡Qué pilló!»; y no puede borrarle de mi memoria cierta ocasión en que no había acabado de decir: «Señores Diputados», cuando vi guiñarse

picarescamente un ojo á mi lado, y escuché una voz que murmuraba maliciosamente á mi oído: «Ya lo clavó.»

No, no imaginó el Dante, ciertamente, en su *Infierno* un suplicio más infernal que éste á que vemos condenado al Sr. Silvela, y del que ni siquiera prevemos cómo pueda escapar ni aun condenándose perpétuamente al silencio. Si el silencio de Sieyes fué graduado de una calamidad pública, el silencio de Silvela, autorizando, por aquello de «quien calla, otorga», todo lo que se les antoje suponer á los interesados en que hable, sería otra mayor calamidad por la trascendentalísima intención que prestaría el número infinito de los tontos á su silencio.

Impónele esta circunstancia, tristísima (lo afirmamos sin vacilar), una circunspección exquisita en todo lo que dice, escribe ó habla, en público ó en particular, con las gentes; pues si la moderna revolución dió al traste con el Santo Oficio de la Fe, que acechaba toda expresión sospechosa para darle aclaración ó castigo, ni revoluciones ni dictaduras han podido acabar con ese no santo, sino malvado oficio de la maledicencia y del chisme, inquisición de vecindad y de corrillo político, que acecha la menor expresión, no seguramente para aclararla ó recogerla, sino para trasladarla caliente, sazónándola en el camino, á los propios oídos de aquel á quien se refiere, que no puede menos de acoger con enfado, traído así, lo que, expuesto con naturalidad ó presenciado por él, sólo le hubiera movido á chistosa contestación cuando no á benévola sonrisa.

Y entre todas las cosas más denigrantes, apenas hay una que lo sea más para mí, que esta de que los hombres más grandes sean juguetes de los más pequeños, que disponen á su querer de la historia con el solo trabajo de repetir á deshora palabras intencionadas que destruyen una amistad, siembran odios inextinguibles, acarrear mil confusiones y suelen traer á la larga males sin cuento para todos. Por eso lamentamos más que aplaudimos, la consabida fama de la intención que en todo se le atribuye al Sr. Silvela.

Por lo demás, el verdadero numen retórico del nuevo

Académico en sus discursos, es el mismo que adora y que le inspira en todas las esferas de su actividad, el que alumbró sus primeros trabajos literarios, el mismo que ha escogido por tema hoy, lo que se llama, con mayor ó menor propiedad, *Buen gusto* en los tratados de poética.

Nace esto, á nuestro modo de ver, de un como ingénito y fomentado horror á todo lo que de lejos ó de cerca se aproxima al ridículo, que le hace huir con indistinta celeridad de toda afectación y entusiasmo, y contraer sus labios y su corazón en una perpetua y como heladora sonrisa.

Lo ridículo, y más que lo ridículo lo *cursi*: he aquí la pesadilla mortal de uno de los autores de la «*Filocalia, ó arte de distinguir los cursis de los que no lo son*», obra dada ha bastantes años á luz y que lleva, con otra muy conocida, la firma del Sr. Silvela.

Lo ridículo, según los tratados de estética, tiene por base la desproporción entre los medios y los fines, y como el desorden que entraña no es doloroso ni trascendental, de aquí que suscite entre los labios la risa.

Por eso el Sr. Silvela se ríe con risa que se ha dado en llamar volteriana, cuando en realidad no lo es, pues la risa que merece este calificativo, no es la alegre contracción del ánimo, impresionado por un contraste irracional, sino la mueca sardónica que forjan la envidia y el despecho, impotentes para producir lo sublime é incapaces para aplaudirlo y admirarlo.

Y si bien es cierto que la costumbre de reír, á la larga contrae y plega los músculos de la cara y del corazón, haciéndolos inhábiles para la admiración y entusiasmo que tan necesarios son para la vida estética del alma, no por esto se puede desconocer que la risa, cuando es sensata á la manera de la del *vir sapiens* del *Eclesiastes*, no sólo demuestra sanidad de espíritu y de complexión, sino que suele ser la mejor respuesta para desconcertar á la necedad cuando pone cátedra en las escuelas.

« *Ridiculum acri*
Fortius et melius magnas plerumque secat res. »

Pocos le ganan á D. Francisco Silvela en esta festiva labor, que desempeña con afectada seriedad en los momentos en que lo reclama el asunto.

De aquí los merecimientos y aun las faltas de su oratoria, pues si escasea en ella el entusiasmo, ese calor del alma que atrae y que apasiona los auditorios, en cambio no consiente rival cuando se trata de demoler el aparatoso artificio que levanta la petulancia amontonando sofismas. Su crítica entonces no conoce piedad, y es de ver la implacable saña con que disea, jugando, una falsa reputación, un vicio que se da aires de virtud, un abuso que ha tomado carta de vecindad entre los más sagrados derechos, y la sal, la verdadera y legítima sal con que encuentra y enuncia la fórmula del dilate que se pavonea con aires de profundidad encubriéndose con el pomposo manto de «doctrina» y reclamando los honores y los respetos de «sistema».

Entre los mil ejemplos que nos sería fácil citar, tomándolos al hilo de la memoria, y que por respetos fáciles de comprender, además de la brevedad, omitimos, sólo queremos recordar uno que puede servirnos de muestra.

Discutíase en una ocasión en el Parlamento el Jurado, y parecía que no quedaba ya nada que decir sobre institución tan manoseada. Se había examinado el asunto ante la filosofía y la historia, ante el derecho y la ley, ante la política y la medicina. Era el punto fundamental del debate, aquella famosa teoría de los partidarios del Jurado que recusa la magistratura, precisamente por sus estudios legales y por el hábito de juzgar, prefiriendo el juicio ignorante é instintivo del ciudadano sin estudios, costumbres, ni preparación, y precisamente por esto. No hay para qué decir cómo habría sido combatida esta tesis en nombre de las ciencias lógicas, antropológicas y jurídicas, y aun en nombre del sentido común. Pues bien; cuando le llegó el turno al Sr. Silvela, en vez de amplificar ó de repetir las incontestadas razones, no hizo, sencillamente, más que protestar, en dos palabras, contra aquella teoría, que equiparaba, según él, á los hombres con los espárragos, más sabrosos cuanto de menos cultivo, para proclamar

sobre las deficiencias de la magistratura histórica y de carrera, las excelencias del *magistrado silvestre*.

Excuso decirlo la carcajada universal que dió testimonio unánime de lo absurdo de una doctrina que no habían logrado desautorizar, á lo menos en la apariencia, las más fundadas razones expuestas en serio por los demás con argumentos irrefutables.

En resumen: el estilo del Sr. Silvela, como orador, es un estilo felino, que acecha al sofisma como el gato al ratón, ó como el tigre á la serpiente de cascabel, lo sujeta con su garra acerada, escondida bajo el terciopelo de su piel, lo acaricia con crueldad, juega un rato con su agonía, y lo remata, por fin, dejándole inerte sobre la arena.

En abono de lo que os acabo de decir, podría citaros sus obras. Ahí están sus temibles discursos en el Parlamento, sus aplaudidas conferencias históricas y científicas en Ateneos y Academias, y hasta sus folletos literarios; pero ya que el tiempo me apremia y no me es dado reproducir ejemplos que tengo registrados, permitidme que, para acabar, os llame la atención sobre el discurso con que tan discretamente nos ha entretenido esta tarde.

Presentes están aún en vuestra imaginación y memoria el tema que espontáneamente eligió, los ejemplos autorizados que cita, y la gracia sañuda con que en medio de la mayor naturalidad los avergüenza y zahiere.

Pudo elegir un tema positivo, como el mismo «buen gusto», por ejemplo, en que dar rienda suelta á su entusiasmo por las regiones de lo bello; pero su naturaleza y su estilo le arrastraron á buscar el tema negativo del mismo asunto, como la Guardia civil al malhechor para exponerle en la picota.

Por eso escogió «el mal gusto», en vez del bueno, como asunto propio de su disertación. Los rasgos de que está sembrado el discurso, desde el imitador de Hypérides, pasando á la prevención en vez de pasar á la historia, hasta la incomparable descripción del montículo del Retiro, son verdaderos rasgos de su fisonomía moral, reflejados en su fisonomía lite-



raria; y toda la filosofía de este trabajo, toda su moraleja, ó su moralidad, y todos los quilates de su estilo, están pregonando á voces una vocación que le hace inestimable para la Academia: la vocación manifiesta de crítico, que tan conveniente y necesaria es para nuestros trabajos literarios.

No espero ni temo yo que ninguno, y menos que nadie el Sr. Silvela, entienda que, con esta clasificación que me permito hacer de su ingenio, rebajo en nada el mérito y el valor de sus talentos literarios. Aparte de que á la crítica pertenecen muchos de los nombres más gloriosos de la literatura moderna en el extranjero y en España; aparte de las grandes condiciones de percepción, de sensibilidad, de imaginación, de sentimiento, de razón y de ciencia que se requieren para ser crítico perfecto, no cabe desconocer la importancia de la misión que llena el crítico en las letras.

El crítico, aplaudiendo con acierto las perfecciones y censurando con discreción los defectos, colabora en la obra á la par misma del autor que la produce ó realiza. Él señala á cada artista la senda que debe seguir para arribar á las cumbres de su gloria; él le advierte dónde se ocultan para él los peligros de la jornada; él enfrena y dirige su poder y le alienta en sus vacilaciones. Es, en realidad, el timón que preserva á la nave de los escollos á que quizá la lleva el viento impetuoso, ó el vapor que le impele sobre los mares; es el freno que guía y contiene la generosa sangre del corcel que se lanza á saltos junto al abismo; es el rail que ordena y encamina el tren arrastrado con ímpetu veloz por la ciega locomotora.

En el trabajo de selección, en la lucha que supone la lenta generación de lo bueno, de lo verdadero y lo bello, no trabaja menos por la realidad, que el que da el germen, el que destruye los obstáculos. La cosecha no es menos debida al labrador que arranca y extermina la cizaña, que al labrador que siembra el grano; sin la poda acertada del jardinero, no luciría sus formas esbeltas el arbusto, y tanto como á las más pintadas y canoras aves que son la gala de un jardín, se estima y se ensalza como ave sagrada á la cigüeña que lo mantiene limpio de reptiles.

Porque, como todos sabéis, la propia y genuina cualidad del que aspira al papel de crítico en las artes, es la misma, bien que al revés, de que nos ha hablado hoy el nuevo Académico: el *Buen gusto*. Y el buen gusto, como os acabo de decir, es una cualidad que supone una razón ilustrada, una lozana imaginación, una sensibilidad exquisita y un sentimiento delicado.

Es verdad que ha logrado prevalecer la división del buen gusto hecha por Blair en estética, entre el *buen gusto positivo*, que siente y conoce las perfecciones, y el *buen gusto negativo*, que siente y conoce los defectos; pero aparte de que es más difícil separarlos que distinguirlos, no cabe desconocer que su fundamento es igual y que su unión es lo que da por resultado un buen crítico. Por eso compara Voltaire el buen gusto con el paladar de los gastrónomos, que no sólo arroja con repugnancia lo malo, sino que acepta con voluptuosidad lo bueno, y hasta distingue y diferencia los matices; pues así como el bebedor nota la mezcla de dos vinos, así el hombre de gusto reconoce la mezcla de dos estilos.

Lo que tiene es que, como la perfección admira y subyuga de suyo el ánimo, absorto en su contemplación, sólo siente necesidad de aplaudirlo, sin detenerse á analizarlo, al revés de la imperfección ó defecto, que, como lastima y ofende los ojos, estimula á la crítica á destruirlo y como á apartarlo con la mano para que no estropee el conjunto; y como todo ser ama su operación, y la operación repetida engendra el hábito, y el hábito es una segunda naturaleza, y como abundan más los defectos que las bellezas en las obras del hombre, el «crítico» suele degenerar en «*crítico*», de Aristarco descendiendo á menudo á Zoilo, y he aquí por qué «criticar» se ha hecho sinónimo de «hablar mal» en el diccionario exclusivo del vulgo.

Pero sin negar en el Sr. Silvela cierta ingénita propensión, fomentada por la conveniencia de críticos severos que necesitamos en la confusión artística y literaria que nos rodea, á la crítica negativa, no por eso abrigamos el temor de que, arrastrado por el hábito, degenerate su crítica, acerada y

mordaz, en una crítica disolvente, de esas que, incapaces de construir nada eficaz y duradero, sólo aciertan á demoler lo que otros edificaron, á pretexto de destruir sus inevitables imperfecciones. De ese escollo estamos seguros que ha de librar al Sr. Silvela, no sólo su carácter moral, no sólo el temor á graves responsabilidades ante la historia de las artes, sino el propio fundamento de su vocación, que estamos analizando.

Porque harto sabe y comprende el Sr. Silvela, y bien lo dejan entender los elevados conceptos de su admirable discurso, que el horror al mal gusto nace del buen gusto natural, cultivado por el estudio de los modelos y las reglas, pero que descansa ante todo, como en su cimiento fundamental, en aquella divina consonancia del ente bello con el alma bella, consonancia que reconoce por origen el Ser absoluto y simplicísimo de Dios, que ha estampado en las propiedades trascendentales de los seres el sello divino de sus atributos y que ha creado á su imagen y semejanza el alma del hombre.

Por eso, el crítico en general, así el negativo como el positivo, por más que se auxilie para juzgar de todas las reglas establecidas y de todos los modelos consagrados, tiene que atender por encima de todo, para sus castigos el uno y para sus aplausos el otro, á la voz imperiosa del alma, que, obediente á la ley de su origen, de su naturaleza y de su destino, le señala por norma absoluta de su criterio el ideal que fulgura inmóvil en la mente misma de Dios.

Este ideal, que no es, á la luz de la sublime metafísica perenne, otra cosa que la idea divina, el arquetipo y la forma ejemplar de los seres, como participantes en cierto grado en su esencia de la esencia de Dios, es aquella idea increada, *ejemplar divino*, de Platón, *Flor del ser*, de Plotino, aquella belleza inmaterial escondida, y visible sólo á los ojos del alma, y modelo universal de lo particular, según Cicerón, que realiza imperfectamente y en parte cada individuo, de donde lo abstrae para armonizarlo el artista en sus creaciones, y que nos eleva desde la observación de las perfecciones visibles de

las criaturas, según San Pablo, á la contemplación intelectual de la perfección invisible del Creador.

Á las inaccesibles alturas donde reside este ideal, tienen que levantar sus miradas, no menos el crítico que el artista: éste, para informar sus creaciones maestras con aquella luz que llamaba Rafael *certa idea*; el otro, para iluminar con ella los juicios estéticos de su razón y de su sensibilidad. Pero ¡ay! que para poner la planta vencedora en tal cumbre, no bastan las fuerzas ordinarias de la razón, son precisas las alas vigorosas del genio.

¡El genio! Saludémosle con honor, que al cabo hemos invadido ya sus dominios.

Ante el genio eminentemente creador, se prostra enmudecida la crítica, tendiendo ávida el oído y la vista para aplaudir y para aprender. Las reglas, lejos de trazarle el camino, esperan su confirmación ó su derogación del giro majestuoso de su vuelo por las alturas. Se necesita ser Zoilo para dar lecciones á Homero, en cuyos cantos aprende Aristóteles su saber, y no le ha valido su limpia reputación á Moratín para librarle del cargo de haber osado llevar su mano profana á los dramas de Shakespeare para borrar sus lunares. Por ventura, el ojo que penetró audaz en el santuario donde se oculta la belleza ideal, para robarle destellos de su hermosura, ¿necesitará que los miopes, ofuscados por tanta luz, le hagan notar lo opaco de las sombras con que creyó necesario contrastar la vívida claridad de tan celestes resplandores?

No; en el arte, como en la ciencia, como en todas las esferas de acción de la actividad humana, el genio es un enviado de Dios, que no sufre otra regla que el impulso que lleva dentro de sí.

Alguien, no sé quién, indudablemente algún chino, ha escrito que el genio es la paciencia, pretendiendo deducir de aquí, que el genio es hijo del trabajo. ¡Error manifiesto y fundamental, que aspira á arrancar la diadema de la omnipotencia de la frente de Dios, para colocarla sobre las sienes del hombre! La paciencia es la lenta acumulación de las

investigaciones humanas, el genio es la inmediata manifestación de las energías divinas. Ambas son, es cierto, las dos grandes fuerzas conquistadoras de la verdad, la paciencia por laboriosa indagación, el genio por revelación espontánea. El caracol, que penosamente se arrastra desde el fondo del abismo hasta la cúspide de la roca, se encuentra allí, es verdad, con el águila que desciende desde las nubes. ¡Pero, quién será osado á confundir al obrero incansable de la voluntad, con el prodigio natural de la fuerza!

Es verdad que el genio es potencial como el entendimiento, pero también lo es que, como aquél, para actuarse le basta el contacto del mundo exterior. Es el águila empollada por la gallina, dejad que rompa el cascarón, y veréis cómo, abandonando el corral, vuela á cernerse entre las nubes. No le enseñéis en tratados las leyes y las reglas para volar, estudiadas antes bien en su vuelo, que si el arte nace de la observación de la naturaleza, el genio es la naturaleza en todo su poder. Mozart compone á los cinco años, Bossuet predica á los seis, Napoleón derrota á sus inocentes compañeros de juego, con la misma destreza con que más tarde derrotará á los soberanos coaligados, Giotto renueva profundamente el arte de la pintura cuando Cimabué le sorprende en sus entretenimientos de pastor, Pascal reconstruye por el solo esfuerzo de su cálculo las treinta y dos proposiciones primeras de Euclides, y Santo Tomás plantea y resuelve entre los escolares de Monte Casino, la sublime cuestión de Dios, como si estuviera sentado en su cátedra de la Universidad de París.

No es esto despreciar el estudio. La ciencia, es verdad, suele ser el punto de partida del genio, pero el genio es el que abre y el que cierra, al fin, los grandes horizontes de la ciencia.

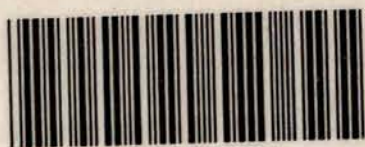
Cuando Dios, en sus providenciales designios, toca con su dedo misterioso la frente predestinada del genio y enciende en ella la inextinguible llama espiritual que irradia su luz sobre la historia, es que le place descubrir una nueva región á las miradas del linaje humano. Entonces sopla con su sopro invisible, pero omnipotente, las alas del genio creador, le dice:

«Vuela», y el genio se lanza á los espacios. La luz que esparce en torno de sí, disipa las tinieblas acumuladas por los siglos, y en breve la humanidad ve destacarse del fondo obscuro del no ser un nuevo mundo poblado de estrellas y de soles, una vía láctea que conduce, entre un coro de constelaciones, al em-píreo de la verdad y de la belleza, al cielo donde se levanta el solio eterno del ser por esencia de Dios.

Cuando la crítica, por elevada y por sublime que sea, camina anhelante tras de las huellas del genio, deslumbrada por la estela de luz que ha ido dejando á su paso, no lo hace para criticar, sino para recoger, como migajas de espléndido festín, las enseñanzas que ha ido dejando caer á lo largo de su camino. La crítica, ofuscada por tanto esplendor, interroga al mundo de la naturaleza y del espíritu que hermoseó á su paso el genio artístico y creador, preguntándoles el secreto de su transfiguración luminosa, y el coro de las criaturas le contesta acorde con aquellas estrofas del genio de la poesía y de la virtud:

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sólo su figura
Vestidos los dejó con su hermosura.»

Porque el genio, ministro de Dios, eleva, transfigura y sublima la realidad con derramar sobre ella la luz del ideal solamente. Y el ideal no es, no, la vaga y fría abstracción que hace el entendimiento de los accidentes peculiares de la materia, sin vida ni realidad: es el ser, en lo que tiene de ser, la esencia, en lo que tiene de existencia; es la idea madre y la palabra creadora; es Dios mismo que refleja sobre las criaturas el esplendor del Verbo Divino.



1025437



